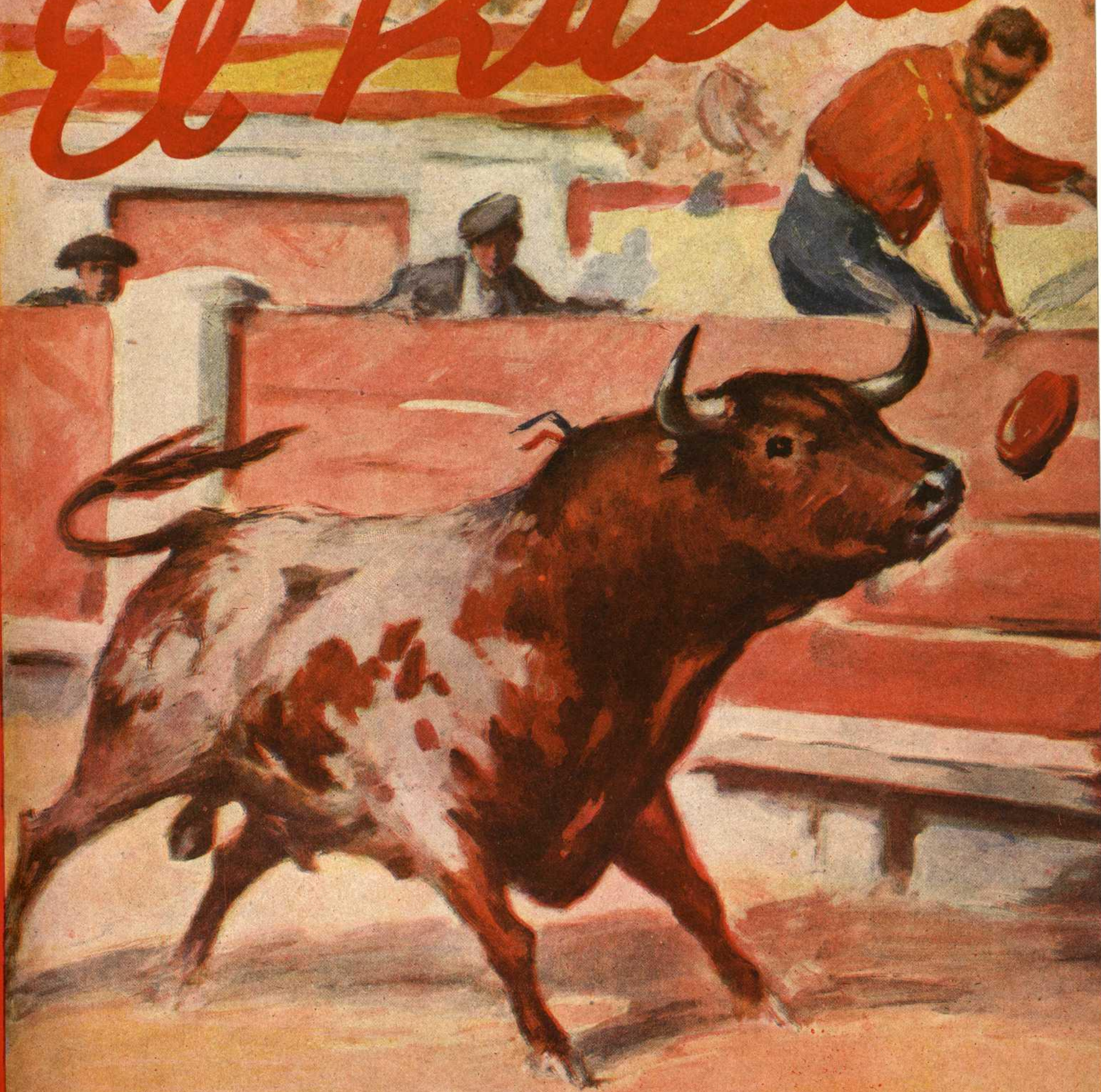


El Ruedo



1⁵⁰
Pts

JADYERNA



Esperando la llave.
(Dibujo de Perea.)

El Ruedo



EN ESTE NUMERO:

ACOSO Y DERRIBO EN LAS PAVONAS

En la foto: Juan Belmonte, Manolete y Alvaro Domecq, en un descanso durante la fiesta campera en la finca jerezana.

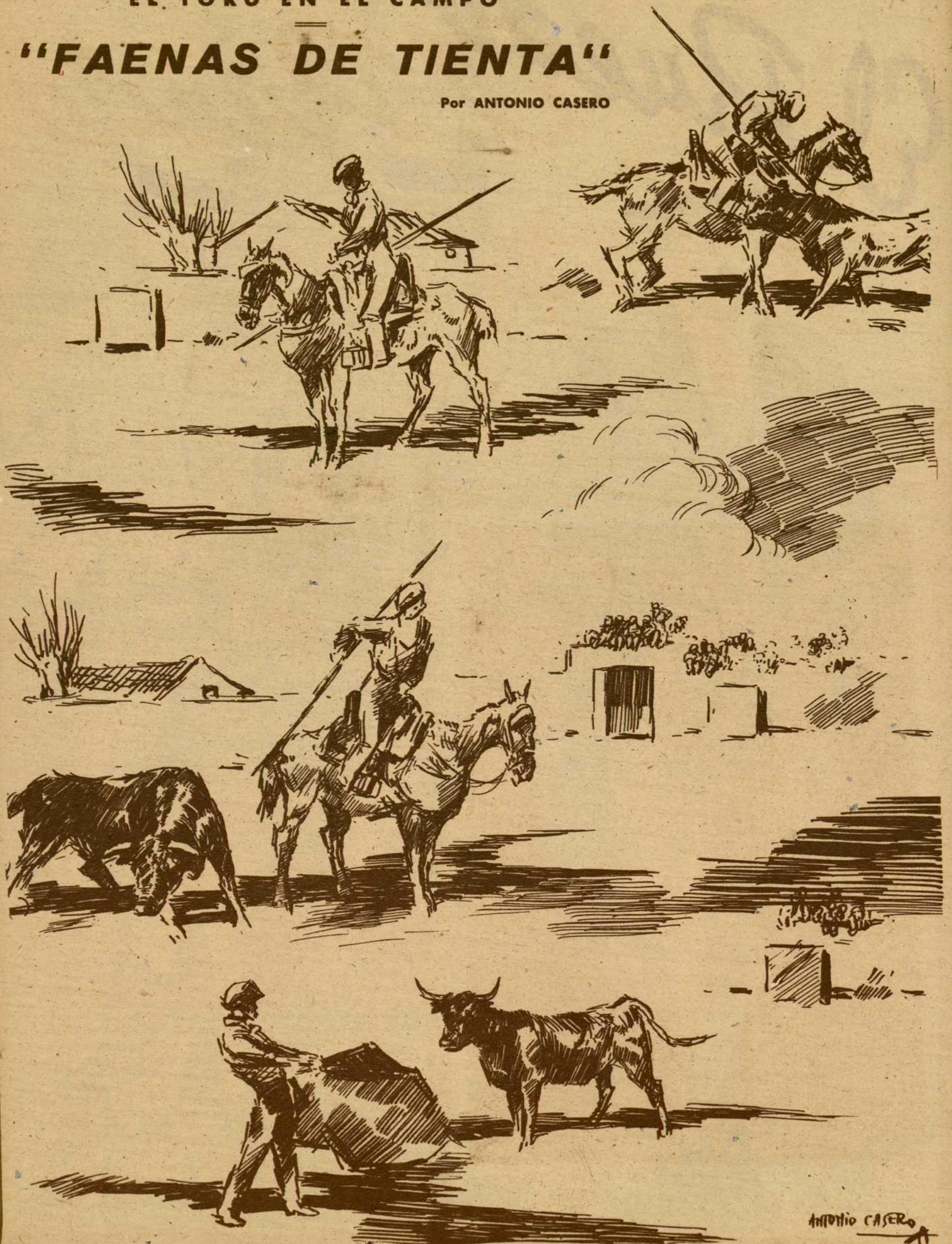
(Información en las páginas 4 y 5.)

(Foto Mari.)

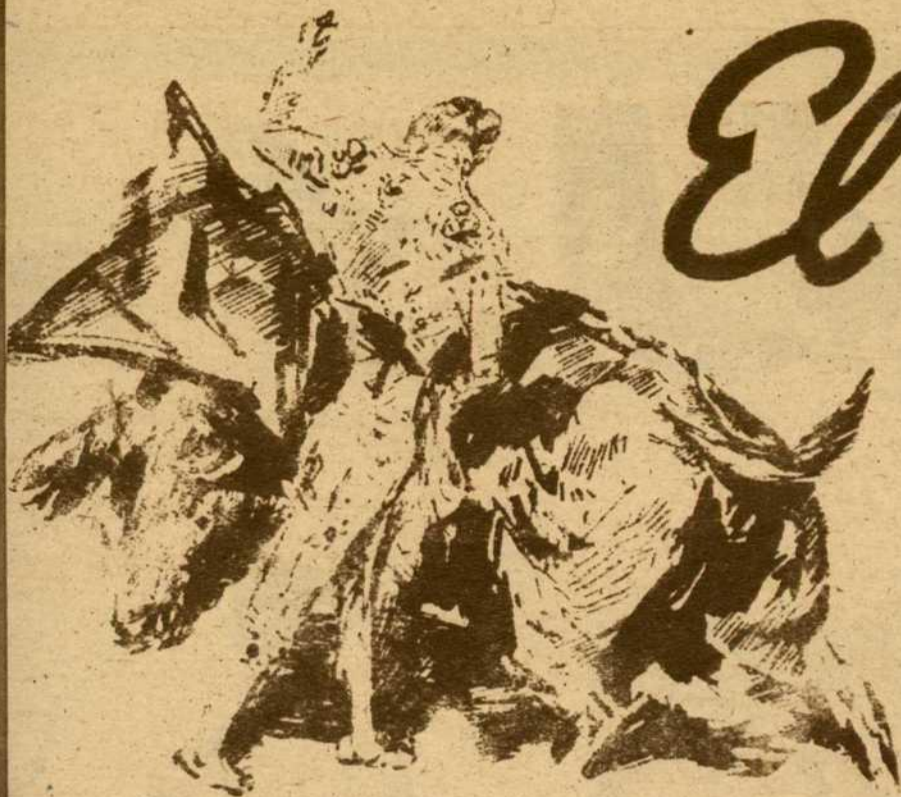
EL TORO EN EL CAMPO

"FAENAS DE TIENTA"

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año II -> Madrid, 10 de enero de 1945 -> Núm. 31

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Los más fogosos defensores de la reimplantación del abono en la Plaza de Toros de Madrid se agitan estos días, ya casi vespertinos de temporada, con verdadera inquietud. Si en sus manos estuviera la fuerza coactiva necesaria, no tardarían mucho en aparecer los carteles anunciadores de ocho o diez corridas de toros para el primer abono, no sin antes haber publicado la correspondiente nota condenando a muerte al carnet.

El abono y el carnet.

Dos sistemas distintos de anticipar a la Empresa una cantidad considerable de dinero, tan reprobables los dos, en este aspecto, que se hace bien difícil justificarlos. Pero lo cierto es que uno existió y el otro existe. "El abono daba —afirmó Capdevila en Radio Nacional de España— su buen resultado, y el carnet lo ha dado pésimo."

¿En qué aspectos dió buen resultado el abono? Solamente en uno: en el de conocer de antemano los aficionados la serie de carteles que lo integraban y, en consecuencia, optar por abonarse o no, según el gusto de cada uno. Porque la otra ventaja del abono —la reserva para las corridas-extraordinarias— la cubre sobradamente el sistema del carnet. Por lo demás, el abono obliga al abonado a realizar un desembolso, si siempre importante, hoy, dados los precios de las localidades, verdaderamente considerable. Muchos modestos aficionados se verían obligados a renunciar al abono.

Además, el antiguo, o más bien anticuado sistema, obliga al abonado a tragar el cartel íntegro del abono, aunque una o varias corridas no le gusten, o, lo que es peor, aunque una circunstancia personal no le permita asistir. Si este hecho coincide con una corrida de escaso interés, ni siquiera tendrá la posibilidad de vender su entrada. Habrá pagado, al final de su compromiso, ocho corridas por presenciar tan sólo seis.

Frente a este sistema está el actual del carnet, con un solo defecto: el de que la Empresa no se siente así obligada a comprometerse al previo anuncio de una serie de corridas, en determinadas fechas, equivalente a lo que antes constituía un abono.

No se siente obligada, pero podría ser obligada.

En este caso, Capdevila encuentra ideal la solución; pero, temeroso de que pueda realizarse, insiste en la reimplantación del abono, "que podría pagarse —dijo— en dos o tres plazos".

Esta solución disminuiría, sin duda, el considerable desembolso de que hablé al principio; pero nunca disminuiría el riesgo de perder más de una corrida o de verlas sin la menor ilusión.

El carnet, por el importe de una entrada, libra a su poseedor de preocupaciones y asiste tan sólo a los festejos que realmente le interesan. Ahora bien: la Empresa, por el beneficio económico que recibe —aparte otras razones que por espacio reservo para el próximo "pregón"—, debería obligarse —o ser obligada— a anunciar una serie de ocho o diez corridas primaverales, como en los mejores tiempos del abono.



EN ESTE NUMERO

Angel Luis Bienvenida habla para EL RUEDO
(Información en las págs. 16 y 17. Fot. Manzano.)

Acoso y derribo en LAS PAVONAS



Un momento de descanso en el acoso. Se charla, se comentan las incidencias y se ríe



La faena ha terminado, y en espera de la comida se descansa al sol agradable de la mañana andaluza



Un momento de la faena de acoso. El garrochista está punto de vencer la resistencia del animal y derribar



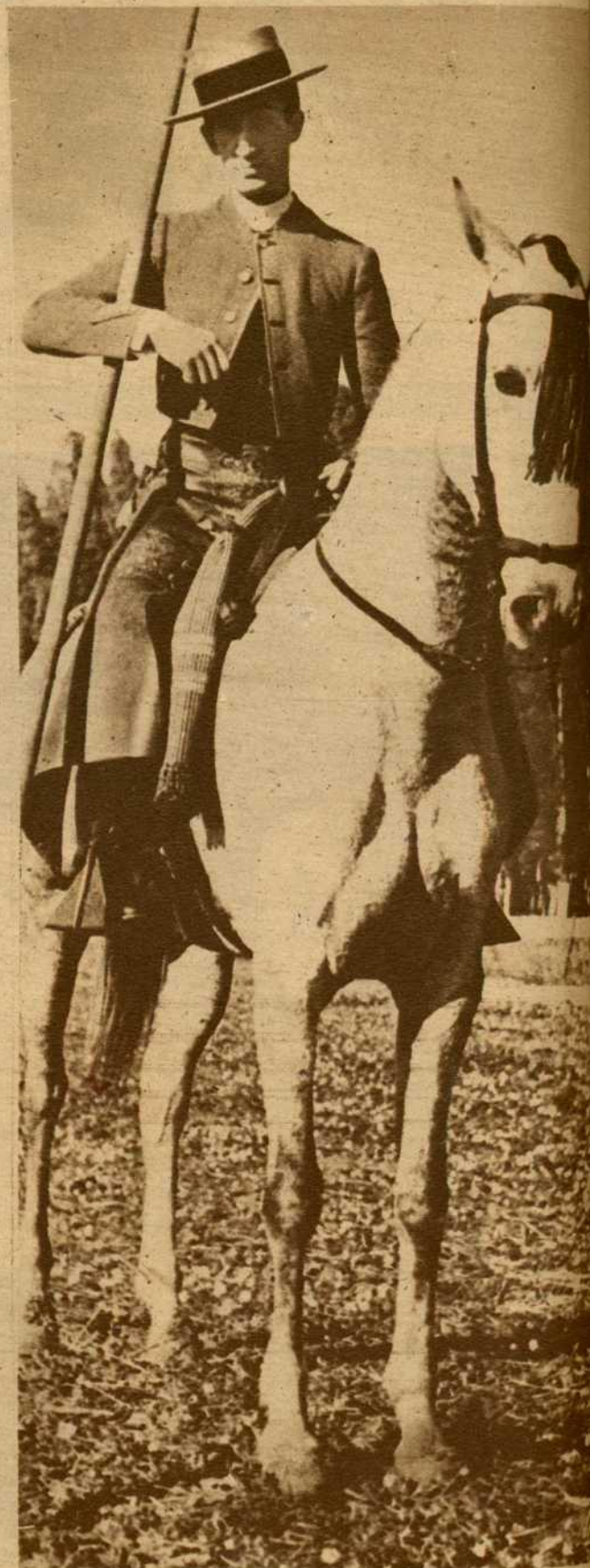
Juan Belmonte hace un alto para posar ante el fotógrafo



El propietario de la finca cuida de hacer grata su hospitalidad y se preocupa por el bienestar de sus invitados



Pepe Belmonte, ex matador de toros, hermano de Juan, también toma parte en el acoso

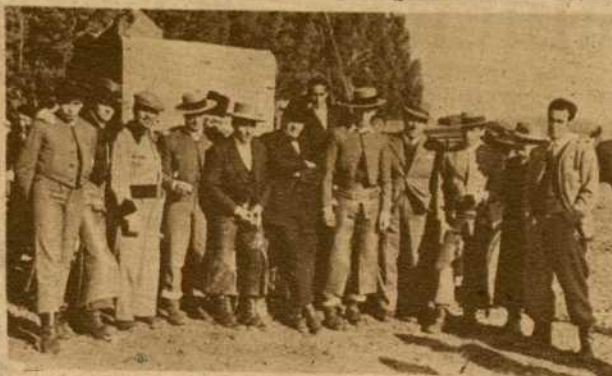


Manolete también es gran aficionado al campo. Su jaça posa para el fotógrafo en un momento de descanso

Soreros, aficionados y ganaderos, mientras llega la temporada



El derribo se ha consumado. Los garrochistas han dado con la becerria en tierra.



Un grupo de asistentes a la faena de acoso y derribo celebrado en Las Pavonas



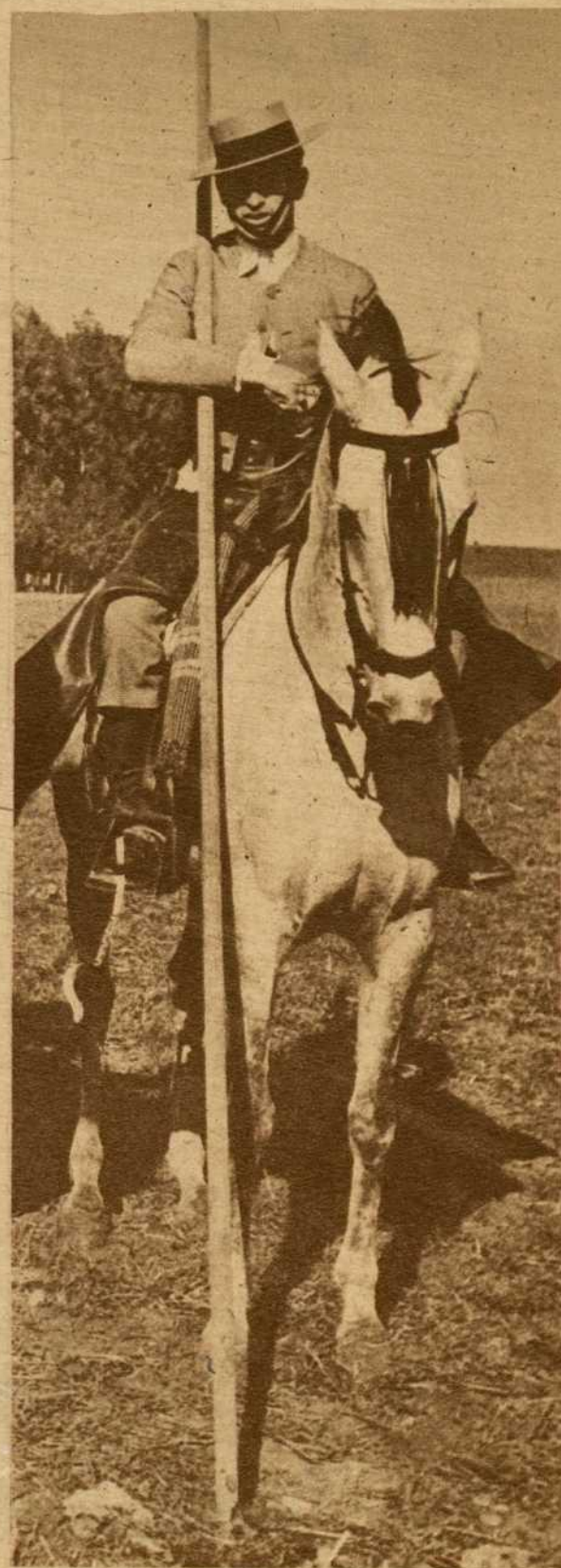
Un poquito de copeo para ayudar a continuar la brega



Alvaro Domecq salta sobre la becerria después de haberla derribado



El aficionado José Martín toreando por naturales a una vaca



Alvaro Domecq en un alto en la brega se ofrece ante el objetivo de Mari para nuestra página (Fots. Mari.)



Domecq hace una exhibición y simula el rejoneo con una becerria

SIN VISTO BUENO

¡Quieto... un minuto!

Por EL CACHETERO



lo toreando, y después de ellas ya se despeña, tímida al principio y torrencial en estos tiempos, la catarata de la fotografía taurina.

Bien es verdad que hemos progresado fabulosamente y que hoy se hacen maravillas casi increíbles veinte años atrás. Los objetivos permiten obtener, fraccionando el movimiento hasta lo inverosímil, líneas fijas y bellísimas. Pero no habrá razón en suponer que el torero — como ocurriría si sólo por fotografías nos guiásemos — ha ganado en la misma proporción que el arte de retratarlo. Es inútil que se repita, pues para esto ya existe un coro bastante afinado que si lo hace, aunque para arimar el ascua a su sardina muy luego, que hoy se torrea mejor que nunca, aunque todo venga a quedar que se torrea más bellamente que nunca, a cambio, claro, de otras cosas que también tenían un sitio en la fiesta, que van perdiendo. Lo que sí hay que decir es que la fotografía progresó en mayor medida que el torero. Baluceaba apenas, cuando existía ya un torero arquetípico. Y ahora está mucho más lejos que el torero mismo, o sea, traducido a términos más concretos, que hubo tiempos en que se torrea mejor que se retrataba, y ahora corren unos en que se retrata aun mejor que se torrea, que la cámara perpetúa líneas y momentos que la retina entrevé a lo más. En suma, que la fotografía realiza el torero peligrosamente, porque aun lo hunde más en la sima de la estética por la estética.

He de precisar que éste es quizá el mayor riesgo del torero, en el que mucha culpa tienen las crónicas floridas que nos gastamos, la cursilería ambiente, y desde luego la fotografía llevada a los límites de perfección que se va alcanzando. Que la estética del verdadero torero es absolutamente impura, y que ahora, al quererla purgar y sutilizar, caemos en el riesgo del ballet, que es cosa bastante distinta. Pero, en fin, mucho nos vamos apartando, y a la fotografía nos volvemos por hoy. Los toreros y los públicos creen en ella ya como algo substancial, y yo me lo explico, porque tengo unas mías, toreando un becerrito, que no se me caen de la cartera ni por asomo. Por eso creo que cuando el torero comienza a depender algo de la fotografía, comienza a estar perdido.

Yo me quedaría, tanto en lo uno como en lo otro, en la época de Joselito y Belmonte, que me parece que es una preferencia saludable. Pero ni un poco más, y desde luego volvería unos cuantos atrás desde los actuales. Si me apuran, subiría hasta aquellos que definen las fotografías de Bombita y Machaquito muy despatarrados, pasándose todo un toro por delante, aunque a relativa distancia, por aquello de que es mejor la víspera que el día siguiente. Lo que no estoy conforme, señores fotógrafos, es con esa innúmera serie de fotografías buenas que ya, no una figura ni figurón, sino el más modesto novillero cuenta a su favor. Y no estoy conforme con esa técnica de la fotografía torera actual que prefiere la iniciación de la suerte a su consecución, porque casi es un retroceso al torero de salón. Retraten ustedes los pases en el centro de la suerte con toro delante y detrás — aunque por lo razonado que está poco va a caer a cada lado — como en algún tiempo atrás. Dentro de lo relativo de la fotografía parece que la suerte podrá quedar así mejor para juicio definitivo, porque iniciarlas las saben hasta los novilleros que debutan. Y no huyan de los malos momentos, ni mucho menos especulen con su ausencia, como un favor peculiar. Sólo así podremos tomar en cuenta a la fotografía en la hora actual, porque de otro modo, tomada a beneficio de inventario por todos, se queda para el torero lo perjudicial a última hora.



CONSIDERACIONES PRUDENTES

Del Invierno al sol de Primavera

Por JOSÉ CARLOS DE LUNA

LA prueba irrecusable para conceptuar los toros el espectáculo más arraigado en el costumbrismo como tradición que lo distingue y particulariza; y es ella esta bendita docilidad del pueblo acatando caprichos y tiranías de ese tipo cancanante en el coto cerrado de su rito.

En invierno se incuban las larvas que luego roerán el paño. Las vemos ajetreadas. El run-rún de las tertulias cafeteras y los comentaristas de trastienda acunan a moscardones y libélulas.

Se entrenan los diestros y templan sus nervios en sensiblerías de poca monta. Alguno caza conejos para que la vista de la sangre no les sorprenda luego con exceso.

¡Todos hacen números!

Las Empresas se curan en salud dobiando el precio de las localidades y los ganaderos ensayan dietas y combinaciones morfológicas con el bondadoso criterio de limar asperezas.

En los cerrados, las reses, flacas y con pelo de invierno, despuntan el serbero y ruman las pitas y las palmas de los vallados, entregando alguna que otra piel para zahones y fundas de estoques, contribuyendo así al acervo tauromáquico sin salirse de su cometido.

El aficionado tira sus cuentas. Ve levantarse hasta las nubes la torre que tiene que escalar con la almohadilla debajo del brazo, para, ya en su asiento, estar por tragarse el paquete o hacer gárgaras con su privadísima indignación. Pero convengamos en que no tiene derecho a exteriorizarla, ni siquiera a lamentarse con sordina. Noblemente se le anuncia la subida de las entradas: noblemente se le dice que los torotes serán más chicos; noblemente se le advierte las terribles competencias económicas de los toreros... ¿De qué, ni por qué puede quejarse?

¡Estas son lentejas. Cómelas como se las quieran guisar o déjalas en el escaquite; que sin morcilla ni chorizo sobrarán los que les sepan a gloria pura.

Tú, en tu pueblo, Juan Español, vestido con el traje dominguero y con zapatos nuevos, conténtate con un pito y un sombrero de papel, de esos que ahora prescribe la gatetísima alegría para uso de mozuolos en vísperas de quintas y de niños feriados de feriantes de buena fe. Come buñuelos, que es manjar de dioses, retrátate y sube a la «Pista Infernal», mientras la Plaza de toros de tu pueblo, subvencionada por el Ayuntamiento de tu pueblo, se atiborra de turistas y amigos incondicionales del camelo. El olor de la gasolina — ¡tan interesante como el del pan tierno! — se sobrepondrá al clásico del aceite frito... ¿Qué remedio queda? Guarda tus ahorros para la charlotada de rigor que satisfice tu afición tradicional, aunque te cueste lo que antaño a tu desencansado padre ver al Guerra y al Espartero; que si no te embobas con la faena espectacular y displicente podrás reírte, en cambio, viendo torrear más cerca todavía. Y no guardes rencor a los humanos componentes del ex espectáculo querido, a quienes tanto deben los fondistas, los fabricantes de gaseosa y la literatura de piñonate.

«Todo es según el color del cristal con que se mira», y tú, Juan Español, sigue la moda y prepárate gafas color de caramelo; verás que no es mal postre la jalea de guayaba para tu estómago estragado con los excesillos de la feria.

¿Que no le importas a nadie?

¡Qué le vamos a hacer! La vida es la vida, y sus imperativos hay que aceptarlos, aunque parezcan insultos, vengan de donde vengan, si no quieres quedarte al margen de la bambolla haciendo mangas y capirotos.

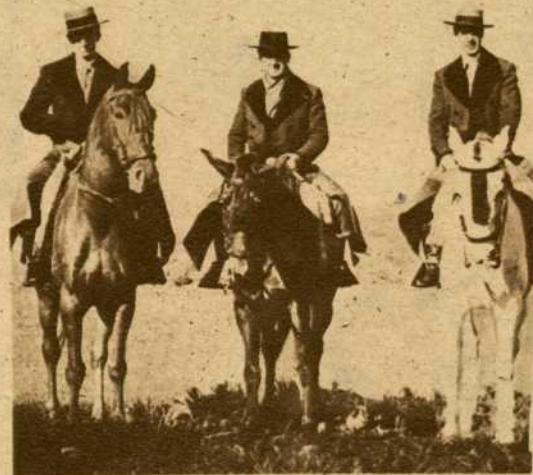
Pase a tus ancestrales rabieta, la fiesta de toros progresa a grandes pasos sobre tapiz de nudos. Quiérese llevarla al cine sonoro y es preciso que no desentonen tus denuestos... ¡ni siquiera tus protestas, porque la cosa es seria y trascendental. Figúrate que el mundo va a enterarse de una vez para siempre que todo esto que creíamos bulla y salero es nada menos que manifestación atávica del pueblo ibero. ¿Te enteras?

¡Qué! ¿No lo quieres creer?

¡Pobretel! Ahí tienes la piedra de Clunia, de la que seguramente arrancará el guiñón que rematará en prevista apoteosis.

Ya es posible que cuaje el ansia española de justificar esta picara afición atávica, no lo olvides, porque el torero ha alcanzado el grado de máxima madurez: picado de pajaritos y chorreando almibar, es justo que lo caten la ciencia, las artes y la literatura de este siglo, en el que tantas cosas chorrean, para definirnos doctoralmente su olor, color y sabor antes de que le caigan gusanos.

Mientras los toreros se estimulan, los toros ayunan y empresarios y apodadosos se entrenan, aguardemos nosotros pacientemente a que el sol de Primavera ilumine la obra de la mañana cada vez más grandes impresiones en libros...

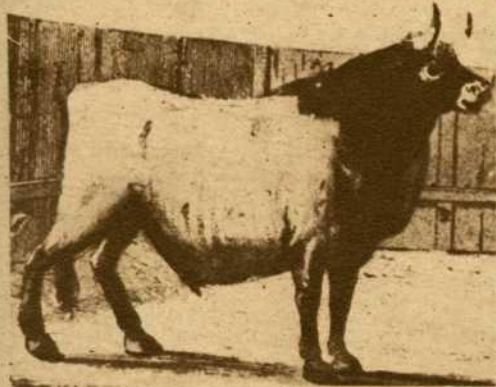


Los toreros en la faena taurina de invierno

ANTES Y AHORA

El TORO, como el toreo, también se ha estilizado

Por CHAVITO



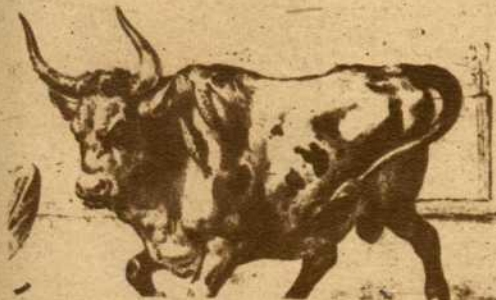
Dibujo de Antonio Carnicero (año 1790)



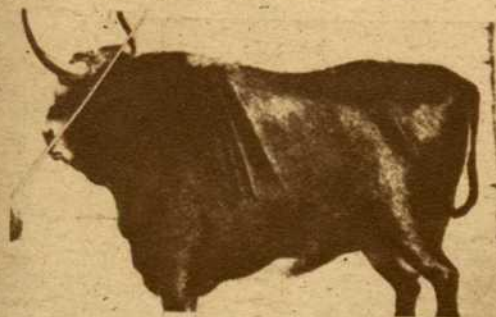
Dibujo de Francisco de Goya (1796)



Dibujo de un autor francés (1815)



Dibujo de Victor Adam (1830)



Dibujo de Van-Halen (1846)

Cuando me dispongo a escribir unas cuartillas, preguntadas a que vean la luz publica en la admirada y admirable revista EL NUDO, decido tratar del toro de antes y del de ahora, y comienzo mi trabajo, y lo digo honradamente, copiando de un libro tecnico lo que sigue:

«TORO: mamifero rumiante, de unos 2,5 metros de largo desde el hocico hasta el arranque de la cola y cerca de 1,5 metros de alto hasta la cruz; cabeza gruesa y armada de dos cuernos; piel dura, con pelo corto y cola larga, cerdosa hacia el remate. Es fiero, principalmente cuando se le irrita, y...»

Al lado de estas líneas, y marginándolas a derecha e izquierda, aparecen diez grabados de otros tantos toros, de otras tantas y diferentes épocas.

No hay, como a simple vista se nota, ni una sola fotografía y sí dibujos, trazos hechos por artistas más o menos conocidos y más o menos famosos.

Al ver algunos de los dibujos me pregunto a mí mismo: ¿serán así los toros? ¿o los verían equivocada o caprichosamente los dibujantes?

El primero de todos, obra del pintor Antonio Carnicero, es un toro barngon, corto, algo zancuado, ancho de hocico y pobre de cabeza. Luce unos plones viejos, no de gran tamaño y de no muy buena colocación.

El segundo, el toro de Goya, luce la campanilla, colgajo de piel que de joven, y como adorno, le hacían los vaqueros.

Don Francisco de Goya afinó la res, la ensilló graciosamente, elevó el testuz de la fiera y... tampoco estuvo muy acertado al encornarla.

Viene luego un toro feo, destartado, rígido, sin sensación de movimiento. Pobrisimo de cabeza y quebrado de espina dorsal. Más que un toro se diría que es un truco circense, de dos hombres metidos en un armazón de mimbre.

Lo que sigue es algo absurdo. Peludo, huesudo, raquítico y con espantables velas. Este toro es una pesadilla en noche de alta fiebre.

Mal colocadas las posiciones de las patas y con astas demasadas rígidas y enhiestas, ese otro toro, pintado por el francés Víctor Adam, quiere ser un toro, y de toro sólo tiene la cara y algo del conjunto.

Van-Halen pintó este animal corto de patas, excesivamente corto de patas para mantener la mole de su cuerpo. Este toro hondo y mejor encornado que los anteriores, tampoco es el tipo deseado para ejecutar grandes faenas.

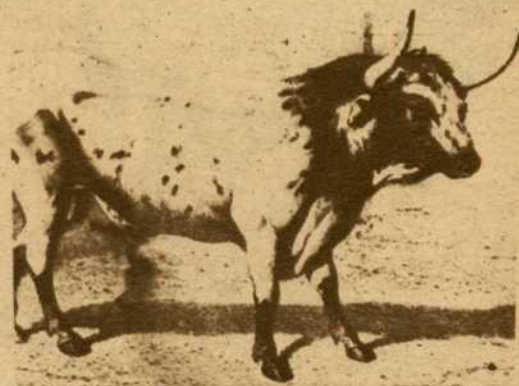
Nos acercamos ya a nuestros días y el toro va teniendo tipo de toro. Fino, proporcionado, bien musculado y con bastante leña en la cabeza, Jocinero, que así se llamaba esta res de Miura, pasó a la historia por haber dado muerte a José Rodríguez, Pepete.

Otro toro célebre, Guindaletto, de Adalid, res causante de una de las heridas más graves que en su vida torera recibiera Frascuelo.

No es toro grande, ni fino, ni gordo. Se le notan las costillas, el armazón, y sólo se tapa, como se dice en la actualidad, por la cabeza cornalona, de grandes pitones.

Daniel Perea se acerca más al tipo del toro de ahora, que, como se verá, comienza e inicia la estilización de los que siguen después, obras de Ricardo Marín, Antonio Casero y Roberto Domingo, respectivamente, y me ahorro las descripciones breves de los toros así dibujados, por la sencilla razón de que todos los que me leen y se solacen con los grabados, que dicen más que mis líneas, han visto estos toros, los han discutido, los han comentado, en bien o en mal, para defender su tipo y trábío o para combatirlos.

Yo solamente quería hacer bien patente que el toro, como el toreo, ha sufrido una variación y una estilización, y de que esto es así no creo que haya nadie que me lo niegue.



Dibujo del toro Jocinero, publicado en 1862



Dibujo editado por Amallo. Toro Guindaletto (1877)



Dibujo de Ricardo Marín (1918)



Dibujo de Antonio Casero (1930)



Dibujo de Roberto Domingo (1944)

TREINTA Y CINCO AÑOS DESPUES

Mi presentación a Rafael, el Gallo

Por FRANCISCO SERRANO ANGUIA



En las fotos, dos actitudes características de El Gallo

ESTE verano, en el «Choko» donostiarra, mi amigo Luis Revenga me presentó a Rafael Gómez, el Gallo. Se cambiaron entre éste y yo las naturales cortesías, en las que el viejo lidiador puso su zambra y buena gracia. Depertimos breve rat, porque él y yo le reclamaron pronto de una tertulia inmediata, presidida por la veterania gloriosa de Juan Belmonte, padre. Y, cuando Rafael se hubo alejado, yo le dije a Revenga, con un tonillo nostálgico que parecía escaparse de lo más hondo del alma:

—Me acaba usted de presentar a un hombre que fué mi ídolo en los ruedos españoles, y por el que reñí bizarras contiendas periodísticas en los tiempos, ya tan lejanos —como que van corridos treinta y cinco años!—, en que yo hilvanaba crónicas taurinas y la «ficción» se dividía en dos enconados bandos: «bambistas» y «gallistas», con un tercer grupo en discordia que afirmaba sus devociones a la valentía rabiosa y espectacular de Machaquito.

Luis Revenga no pudo disimular su asombro. —¿Es posible —exclamó— que, siendo usted revisero y partidario de Rafael, no se conocieran y trataran entonces?

—Verdaderamente —aclaré— yo fui un revisero muy particular. Los veinticinco duros mensuales de mi sueldo no me permitían costearme los billetes para las corridas, aunque éstos no alcanzaban el precio fabuloso que tienen hoy. Por eso apelé al arbitrio de pergeñar mis comentarios en *La Mañana*, el periódico que fundó el insigne Manuel Bueno y que dirigió, después, don Luis Silvela. Durante los dos años que ejercí la «crónica» —de algún modo hay que llamarla—, sólo tuve un amigo torero, y de los más modestos: Remigio Frutos, Algeteño, sobrino de aquel Ojitos que fué maestro y mentor de Rodolfo Gaona. Remigio, que vive todavía, y viva muchos años, era un gran tipo. Había sido alcalde en Algete, su pueblo. Luego se hizo picador de reses bravas, y acabó matando novillotes de media casta en la plaza de Tetuán de las Victorias. En el Algeteño se compendiaron todas mis amistades con la torería de la época. A Manolo Bienvenida, el «Papa Negro», del que también fui muy entusiasta, lo conocí años más tarde, en un inolvidable viaje de regreso de Cuba a España, a bordo del vapor *María Cristina*, en el que también gozamos de la compañía del eminente actor Enrique Borrás. Y ni entonces, ni luego, supo Manolo que yo era aquel «Ballestilla» que le consagró tantos ditirambos en prosa y en verso... porque yo cambiaba a veces la seda tersa y clara del prosador por el percal riposo de una revista enjartada en sonetos o en octavas reales.

—Todo ello es curiosísimo —reconoció Revenga—

pero más que nada lo es el hecho de que Rafael, el Gallo, tan asquibible, tan de coo siempre de ganarse amigos y de agradecer las finezas, se preocupase que le presentaran a usted, para que se estableciera entre los dos una relación personal. Eso es lo que me asombra.

—Es posible que Rafael intentase tal relación. Recuerdo que hasta me envió un retrato suyo con una magnífica dedicatoria: «A mi estimado admirador «Ballestilla» Rafael Gómez, Gallo». Siento no conservar aquella fotografía, perdida durante mi viaje a La Habana. Y, en cuanto a presentación, la verdad es que hubo un conato de ella... y que fracasó del modo más pintoresco.

Luis Revenga quiso conocer los detalles del episodio; pero a mí me aguardaban en el teatro de Victoria Eugenia para ensayar *Todo Madrid*, y tuve que aplazar el relato para otra ocasión. No le hubo propicia en aquellos días. Y como ahora me pide EL RUEDO, bondadosamente, que desempeñe mi vieja y enmohecida péñola de cronista de toros, aprovecho la oportunidad para cumplir el honroso encargo y satisfacer, de paso, aunque tardíamente, la curiosidad de un amigo.

Alejandro Pérez Lugín, el que fué después famoso novelista y era ya por entonces magnífico reportero, modelo de críticos de taurinología y gran maestro de la Orden del «Gallismo» en todas sus ramas —la pinturera y garbosa de Rafael, la sabia y dominadora de Joselito y aun la disciplinada y subalterna de Fernando, el mayor de los tres hermanos—, había hecho de mí una especie de edecán de su grupo, a lo que yo me sometía gustoso, por el cariño que nos

unía y porque al lado de aquel excelente camarada iba adentrándome en muchos secretos del oficio periodístico, que consideré lo mejor de mis horas. Lo único que Lugín no conseguía era que yo me uniera al cortejo que rodeaba en constante y reverenciosa admiración al «divino calvo». Siempre que intentó llevarme a las reuniones de su «partido» tropezó con mi obstinada negativa, porque no quería que mi devoción y reverenciosa admiración al «divino calvo» se convirtiera en un espectáculo en la calle, en el café, o en la taberna. Un día, sin embargo, no pude resistirme a los deseos del jefe. Se había celebrado en Madrid una corrida en la que Rafael quedó... «una mijita designá». La desigualdad consistió en que el diestro se cubrió en su primer toro y en el otro dió lo que suele llamarse el mitin: un «mitin» premeditado de que el bicho salió de los chiqueros y afrontado con la serenidad que El Gallo solía poner en tales espectáculos. Ni intentó un solo lance, ni siquiera quiso divertirse al público con las habituales «espantás». Dejé hacer a los compañeros; se limitó a ver cómo trabajaban los peones, y, cuando llegó la hora de matar, apenas se desplegó la muleta. «Yévatelo pa ayá». «Córrelo a es e lazo». «Sácalo de las tablas». «Tráetelo ar dos». «Pónmelo en el tercio...» La gritería era espantosa. Llovían almohadillas sobre la arena, y toda la Plaza parecía temblar y tambalearse a impulsos de la indignación de la muchedumbre. Rafael, impávido, como ajeno al tumulto por él provocado, iba de un sitio para otro, contoneándose y a pasitos cortos —con mucha repiclería gracia, si, señó, decían sus partidarios— y de vez en cuando miraba al palco presidencial haciéndole al «suja» señas y guiñadas, como si le dijera: «Pero, hombre de Dios, ¡que ya es hora de que salgan los mansos...!»

Y salieron. ¿No habían de salir? El toro se fué vivo a los corrales, porque ni siquiera le arañó el estoque del Gallo. Este se refugió en el callejón con un gesto de resignada condolencia, y ya no pudo asomarse al ruedo sin que le persiguieran los denuos de la colérica multitud.

No hay que decir cómo salimos del coo los infortunados «gallistas». «Don Pío» (que tal era el seudónimo que Pérez Lugín hizo célebre), iba ronco de replicar a los que en gradas y tendidos le increpaban, como si él fuese el responsable de la malaventura del toro. Su vozarrón se imponía siempre al coro de r testantes. «¡A pesar de todo, el mejor! ¡Ki-ki-ri-ki! ¡El mejor! ¡Ey, ca-balli-ri-ri! Y, ya fuera del circo, calle de Alcalá abajo, todavía gritaba, entre la riada de aficionados que comentaban el desastre: «¡El mejor! ¡Siempre el mejor! ¡Hasta en los fracasos! ¡No hay quien fracase como él!»

Porque el fracaso no podía negarle el bueno de Alejandro, y de él se valió para torcer mi voluntad de independencia.

—Mira, niño —me dijo—: hoy sí que no puedes negarte a venir a saludar a Rafael. En los malos trances se conoce a los amigos y partidarios. Esta tarde no habrá en la fonda manganos ni pelmazos que vayan a adular al triunfador, a beberse unas copas y a pedirle dos duros. Únicamente estaremos los

cabales, los de verdad, y tú tienes que ir, y se agradecerá mucho tu visita.

Total, que fui: ¡Por fin iban a presentarme a Rafael, el Gallo! Llegamos al antiguo Hotel de Roma, de la calle del Caballero de Gracia, y subimos a la habitación del ídolo. Entramos de puntillas, porque aquello parecía un velatorio. Tendido en la amplia cama yacía el torero, en paños menores, con una camiseta de color de rosa que quitaba las penas y unos calzoncillos de céfiro listado que partían los corazones. Sobre la clarura de la almohada se destacaba su cabeza como un barro cocido, y la coleta, despeinada, parecía una aureola en torno al mondo cráneo. Fumaba Rafael un largo veguero, del que arrancaba densas bocanadas de humo para lanzarlas estoicamente al cielo raso. En torno del lecho, dos cabales. Un par de amigos y ocho o diez gitanos de los que constituían el séquito habitual del héroe: otras coetras, tufos aceitosos, pupilas negras y llameantes, éste con un clavito sobre la oreja, aquél dando vueltas al ancho sombrero mugriento, el de más allá jugueteando con la vara de mimbra de Antonio Torres. Hará... Y los comentarios:

—Er condensa toro achuchaba por los dos laos...

Rafael chupaba con deleite el cigarro, lanzaba un chorro de humo y argüía:

—Que he estao mu malo.

—¡A un bicho azín no había más que ejarlo que se lo yevazen!

Nueva humareda del tabaco, y nueva réplica del vencido:

—Que he estao mu malo.

—Er público no sabe lo que quiere. ¿Qué se ila a jase con un renegao que embestia pa atrás?

Y el ritornelo de Rafael:

—Que he estao mu malo.

Hubo un largo silencio, que nadie parecía atreverse a romper. «Don Pío» avanzaba ya hacia la cabecera de la cama, muy en su papel de introductor de embajadores. Yo le seguía con timidez no exenta de curiosidad. Y en aquel momento surgió de un rincón de la estancia la voz honda y cavernosa de un viejo «cañi», que había estado acurrucado y que evocaba el nombre del toro que fué a los corrales:

—¡¡Y ze yamaba «Madroño...!»!

Volvióse El Gallo hacia el individuo, hizo uno de sus guiños característicos, dió una larga fumada al veguero y comentó, con una sonrisa picara:

—Por mí se yama todavía.

Ya no hubo presentación, porque a mí me acometió un turbión de risa y, para soltarlo a mis anchas, salí huyendo del cuarto y eché escalera abajo, sin escuchar las voces de Pérez Lugín, que venía tras de mí haciendo coro a mis estruendos sarcasmos.

Así se malogró la ceremonia, y por eso pudo darse el caso extraordinario de que un «gallista» tan entusiasta y encendido como yo hablase por vez primera con Rafael, el Gallo, treinta y cinco años más tarde.



EL PLANETA DE LOS TOROS

UN CONTRATO FABULOSO

Por ANTONIO DIAZ-CANABATE

Nos reuníamos por aquel tiempo, finales de 1940, unos cuantos amigos en el desaparecido Café Kutz. Una noche llegaron preguntando por José María de Cossío, cabeza visible que era y es de la tertulia, dos gitanos de buena raza. Los payos que estábamos allí nos que damos un poco alelados. Los dos gitanos realmente tenían una estampa magnífica. El uno, de aire desenvuelto; el otro, más tímido. Cossío nos los presentó.

—Miguel Albaicín. Rafael Albaicín.

A Miguel lo conocíamos de haberlo visto bailar. De Rafael nos informó Cossío.

—Aquí tenéis a Rafaelito, ahijado de pila de don Ignacio Zuloaga, que quiere ser torero. Don Ignacio me ha escrito que me ocupe de él, que le recomiende a ganaderos para que toree en las tientas, que le guíe y le aconseje en sus primeros pasos taurinos. Bueno; y tú, ¿de verdad quieres ser torero?

Rafael, con voz muy suave, tenue y medrosa, contesta:

—Sí, señor; me gusta mucho torear.

—Pues nada, en cuanto quieras te vas a Salamanca. Te daré tarjetas de presentación para los mejores ganaderos y ya veremos qué tal resultas. De lo que me digas tú no me fiaré tanto como de lo que me informen los que te vean torear.

Y la prueba fué satisfactoria. Todos los ganaderos en cuyas Plazas de tienta actuó estuvieron unánimes en el augurio. Rafael Albaicín podía ser un torero; pero no un torero vulgar, sino un torero de clase excepcional. Volvió el gitano por la tertulia, siempre con su timidez y su cortesía. Volvió con otra pretensión.

—Si usted, don José María, quisiera ser mi apoderado...

José María de Cossío, autor de *Los Toros*, la obra monumental que encierra en sus tres mil quinientas páginas todo cuanto con el toreo se relaciona, erudito, investigador, crítico y escritor de primer orden, es uno de esos seres optimistas que rien con facilidad. Su risa es tan amplia como generosa su inteligencia. Todo lo comprende, lo estima y lo valora.

—¡Hombre, Rafael, ahí tienes tú algo en lo que nunca había pensado: ser apoderado de toreros...

—Perdone usted, don José María; yo me he atrevido a proponérselo...

—Nada, no sigas; sí, me parece muy bien. Te voy a hacer la primera corrida. Y luego ya te indicaré la persona que me parezca más conveniente. Mira, hoy me encontré con un amigo mío que es empresario de la Plaza de Logroño. Le hablaré a ver si te puede dar una corrida. Vente por aquí dentro de unos días a conocer el resultado de mis gestiones.

Su amigo, el empresario de la Plaza de Logroño, le contestó que podría torear de allí a un mes y pico, en las condiciones siguientes: pagándose Albaicín los gastos y no cobrando un céntimo. El magnífico optimismo de José María de Cossío no falló tampoco en esta ocasión. No sólo le pareció bien el contrato, sino que animó a Rafael Albaicín a que lo aceptara sin dudarle.

—Total, ¿qué pueden ser los gastos?; nada, unos cientos de pesetas. Ya hablaremos a Zuloaga, a ver cómo se porta. Tú lo que tienes que hacer es torear.

Albaicín a todo decía que sí. Lo que más le preocupaba, el traje. ¿De qué color alquilara el vestido, su primer vestido de luces? Y se decidió por uno lila, la seda, y blanco el bordado. El banderillero que llevó a Logroño comentaba: «Parecía un cerillo». Lila y blanco el traje, fina, espigada la figura del torero gitano y lo único moreno su cabeza, realmente pareciera eso, una cerilla toreado por verónicas como jamás pudo imaginarse nadie que las cerillas torcaran. José María no se cansaba de airear su buen éxito.

—Un contrato, fabuloso —decía—; ahí es nada, no cobrar un céntimo, pero en cambio pagarse el matador todos los gastos!

La corrida se celebró, y los logroñeses vieron en aquel gitano, que parecía un cerillo, la evidente promesa de un torero excepcional.

En el planeta de los toros, los gitanos viven y medran sin abandonar su mundo. El mundo de los gitanos es impenetrable para los payos. No seré yo el osado que intente darme una vueltecita por él, para luego en unas líneas desoubriarlo integralmente a ustedes. Pero si me voy a permitir señalar esta singularidad gitana. Los gitanos, a diferencia del resto de los mortales, no son absorbidos jamás por el planeta de los toros. Me contaba Miguel Albaicín que cuando La Argentinilla llevó a París a unos gitanos y gitanas a bailar con ella en aquel espectáculo que tanto gustó por España, primer brote de esta erupción de flamenco que hoy aqueja a los escenarios, las gitanas y gitanos se hospedaron juntos en el mismo hotel, un buen hotel parisense. Pidieron habitaciones comunicadas y se negaron a comer los guisos franceses. Ellas guisaban para todos en un cuarto, y allí, sobre la alfombra y en infernillos de alcohol, apañaban sus condumios. Jamás se sentó ninguno en un sillón, sino en el suelo, en cuclillas. En el baño lavaban sus ropas y luego las tendían encima del armario. Y de la habitación del hotel al teatro y del teatro al hotel. Hicieron el mismo aprecio de París que de Navalcarnero. A un payo le puede deslumbrar el planeta de los toros o cualquier otro planeta; pero tengo la seguridad de que unos gitanos llegan a Marte y se encuentran allí con una vida y una civilización y unos marcianos extrañísimos, equiparantes de los terrestres en todo, y los gitanos siguen haciendo la misma vida que en sus cuevas del Sacro Monte granadino.

Los toreros gitanos son algo aparte en el toreo. Don Ignacio Zuloaga y don Sebastián Miranda, tan atraídos en su arte por la gitanería, son unos apasionados terribles de los toreros gitanos. Asistí con ellos a la presentación en Madrid, como novillero de Vicente Vega, Gitanillo Chico, calé de Triana, sobrino del infortunado Curro Puya y de Gitanillo de Triana, el actual matador de toros. Apenas lo vieron en el pascillo empezaron las ponderaciones. Zuloaga y Miranda se quitaban la palabra el uno al otro. Gitanillo Chico llegó a la barrera, saludó al presidente y entregó el capote de lujo al mozo de espadas. Mientras le daban el de brega, se quitó la montera para colocársela mejor. Alzó sus brazos con gracia, como si se fuera a arrancar por bulerías, y su figurilla resultaba en verdad airosa. Zuloaga y Miranda se levantaron de sus asientos, y ante el asombro de los vecinos de localidad, exclamaron a grandes voces:

—¡Vámonos, vámonos; qué portento; cómo se ha colocado la montera; para qué ver más; si ya eso no lo puede mejorar delante del toro, así haga lo que haga; vámonos, vámonos!

Y se fueron.



Un artístico retrato de Rafael Albaicín. (Fot. Verdugo.)

Bueno, pues esto que les ocurrió a los dos ilustres artistas, les sucede también a muchos espectadores de toros. Juzgan y consideran a los toreros gitanos con criterio distinto a los demás toreros, subyugados por la indudable gracia y atracción que la raza gitana, tan pura, tan magnífica y tan desconcertante ejerce sobre los payos.

Diffícil es que salga un torero gitano que se pelee con los toros. El gitano no es hombre de lucha. El gitano posee un arte tan suyo que a poco que le ayude la decisión arrancará de los públicos las ovaciones más cálidas. Este mismo abandono de la voluntad es otra de sus cualidades, que nosotros, los que sin ser gitanos somos perezosos, comprendemos muy bien.

LOS ESPONTANEOS

EL CARTEL ROTO

Por ANTONIO QUINTERO

ESTÁ rebosante de buena intención la orden que inexorablemente priva de libertad durante quince días al individuo que durante el transcurso de una función tauroma ha hecho acto de presencia en el redondel sin el requisito previo e indispensable de que su nombre aparezca impreso en los carteles. El que no es torero, ni monesabio, ni toro, ni caballo siquiera, debe limitarse a vaciar en la taquilla la talega de sus dineros y, después, a permanecer sentado durante dos horas en el número tantos de la fila tal. Puede, sí, batir palmas de tango, poner en tensión e- i l l nte los músculos y venas del cuello para vociferar una sandez, introducirse los dedos en la boca y expulsar una serie de horribles silbidos, sacudir la ceniza del faria s bre los hombros del espectador que está delante, etc., etc... Estos y otros innumerables desahogos espirituales puede permitirse el espectador durante las dos horas de diversión contemplativa que desde el cartel le ofrecen Fulanito, Menganito y Zutanita con sus correspondientes cuadrillas. En cambio, el hecho de saltar a la arena, interrumpir el amatl concierto que se establece entre astados y lidiadores, truncar la solemne monotonía del festejo con el estentóreo «¡Aquí estoy yo!» que tácitamente pronuncia el espontáneo, es, por lo menos, una intolerable falta de urbanidad. Como si en un recital de música de cámara se alzara de repente un señor y entonara un fandanguillo de Huelva. Es posible que le dijeran «¡olé!»; pero, fatalmente, sería expulsado del salón y tal vez, tal vez, le recluyeran por loco...

La Plaza de Toros es un maravilloso salón circular que tiene una alfombra de oro y un techo de seda azul. Para actuar en



El espontáneo que, llevado de su ilusión, se ha lanzado al ruedo, sortea todos los peligros que supone la "faena": arrimarse al toro para su lucimiento y sortear la banderilla del peón que le persigue

él hay que entrar solemnemente, al compás de la música y formando parte de un brillante cortejo. Los espontáneos mal vestidos no tienen nada que hacer allí.

Y sin embargo...

Sin embargo, la corrida de toros es una terrible partida de juego rodeada de mirones, hambrientos de emoción. Pero la emoción más aguda y más penetrante es la que no se espera, la que nos sorprende, la que nos halla desprevenidos. Y en el cartel de toros se nos ofrece, casi previsto, lo que va a ocurrir. «Jugarán Fulanito, Menganito y Zutanita contra seis toros de Perenganito». Y a nadie sorprende el resultado de la partida. Fulanito pierde, Menganito gana y Zutanita ni fu ni fa. Y el comentario es unánime. «¡Claro! ¡Lo de siempre! ¡Si estaba visto! ¡Si no había más que leer el cartel!» Ha habido emoción, mucha emoción en la partida, pero la incógnita estaba desparejada de antemano. Entre veinte mil corazones, ni uno solo acertó el latido cuando llegó la Emoción, porque todos la esperaban así, vestida de verde y oro o de corinto y plata...

El espontáneo de antaño era la Emoción inesperada que se precipitaba desde los cielos o surgía de las entrañas del mundo, desnuda y enloquecida. Un minuto antes el círculo de la Plaza aprisionaba, como el aro de un bastidor, la seda del cartel donde relucían o se apagaban los nombres de los matadores. Y, de repente, la puñalada de la Emoción rasgaba el cartel de arriba abajo y por la herida penetraba de un salto la figura del espontáneo. Desmembrado el cuerpo, de aceituna el rostro, temblorosas las manos en las que flameaba un harapo carmesí, los ojos alucinados por una ilusión rabiosa, el espontáneo se plantaba en medio de la partida, se enfrentaba con la muerte, con la cárcel, con el ridículo y con la urbanidad y exclamaba:

—¡Ahora juego yo! ¡He aquí mis cartas! ¡Hambre, afición, valentía, horror a la vulgaridad, ansias de gloria y dieciocho años! ¡Qué hay que poner! ¡La vida! ¡Aquí está! ¡Juego! ¡Eh, toro, eh...!

Si perdía, los mirones le abucheaban. Si ganaba, le aplaudían y, algunas veces, hasta se le perdonaba que hubiera roto la seda del cartel. ¡Después de todo, era un cartel tan usado! Debían hacer otro cartel, con el nombre del espontáneo, para que volviera a registrarles con aquella emoción nuevecita que acababa de estrenar...

Pero nunca sucedió así. El espontáneo que daba muestras de valer so fué, en ocasiones, invitado a jugar oficialmente en

el gran salón redondo de la alfombra dorada y el techo de seda azul. Y... ¡qué lástima! Nunca correspondió al honor que se le hacía. Nunca se cuajó en él una gran figura del torero.

El motivo era que la emoción del espontáneo estaba hecha de ensueños... Aquello que rompía de improviso el cartel de postín y se aparecía sobre la arena de los redondeles agitando un trapo color de sangre, no era un loco, ni un borracho, ni un mendigo, ni un hombre siquiera. No era más que un alma traspasada por una fusión maravillosa. Y al vestirla de torero, como el traje de luces pesa tanto, se derrumbaba.

Era un caso desconcertante e irritante el de aquel mozo madrileño que, indefectiblemente, en un magnífico alarde de acrobacia, saltaba del tendido al ruedo casi todos los domingos y fiestas de guardar. Creo que le llamaban el Boli. Le conocían ya todos los guardias de servicio, todos los acomodadores, todo el personal de la Plaza vieja. Antes de comenzar las corridas, mil ojos inquietos le buscaban porfiadamente por el campo de abanicos de los tendidos de sol y entre las filas de sombreros de paja en los tendidos de sombra. Pero él se ocultaba a todos, se achicaba, se hacía invisible por arte de magia, esperando que el clarín de la oportunidad hiciera sonar la hora de su Emoción. Salía un toro, moría, se lo llevaban, después otro y otro... Y cuando ya nadie se acordaba del espontáneo de todas las tardes, ligero revuelto en un tendido paría un hombre que, puesto en pie sobre el cable de la barrera, volaba con alas invisibles a romper el cartel de la tarde y a echar su partida de vida o muerte. Casi siempre le perdonaban el desafuero porque tenía un valor reposado y sabía torear. Tal vez hubiera podido ser un gran torero. No lo fué porque el espontáneo debía brindar su Emoción con un acento dramático. Y la prodigiosa habilidad de aquel muchacho para burlar a sus perseguidores movía a risa. Se jaleaba su aparición con bullanga y regocijo. No se le aplaudía como a un trágico que era. Se le reía la gracia como a un clown.

Llegó a tal extremo su contumacia en arrojarle al ruedo que los porteros de la Plaza recibieron orden de impedirle la entrada a toda costa. Y una tarde, al abrirse los toriles para dar salida al quinto toro, cayó en el redondel un señor luciendo el más abundante bigote que jamás se viera en rostro de varón. Tranquilamente deslizo de la cintura una muleta, la armó en un palo que alguien le arrojara y avanzó paso a paso hacia los chiqueros. Hubo un alarido de espanto. «¡Es un chiflado! ¡Un suicida!» A los pocos instantes el grito de horror se transformó en una ovación inmensa cuando el hombre aquél se pasó el toro bajo los mostachos en diez o doce muletazos imponentes. Y la ovación se trocó a su vez en una carcajada estruendosa cuando el héroe, de regreso hacia la barrera, se arrancó el bigote limpiamente y lo arrojó al estribo con un gesto entre desdenoso y triunfal. Desde arriba le gritaron:

—¡Viva tu gracia!

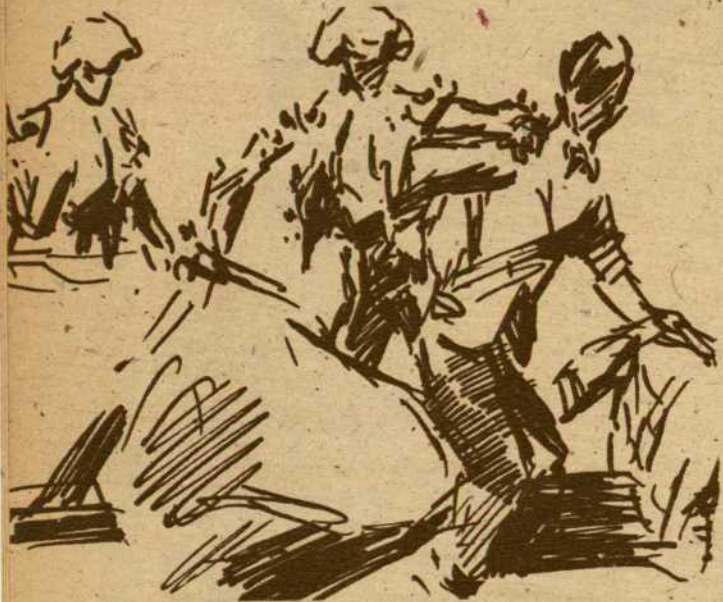
Era el Boli. No fué un gran torero, tal vez porque su gracia ingeniosa le hizo sombra a su valentía. Y nadie tomó en serio aquella Emoción verdadera que rompía un cartel de lujo con las guías de un bigote postizo.

Otra vez, la Emoción inesperada de los espontáneos saltó al ruedo en un circo andaluz. El torero gitano que me lo contaba padecía al recordar aquel minuto.

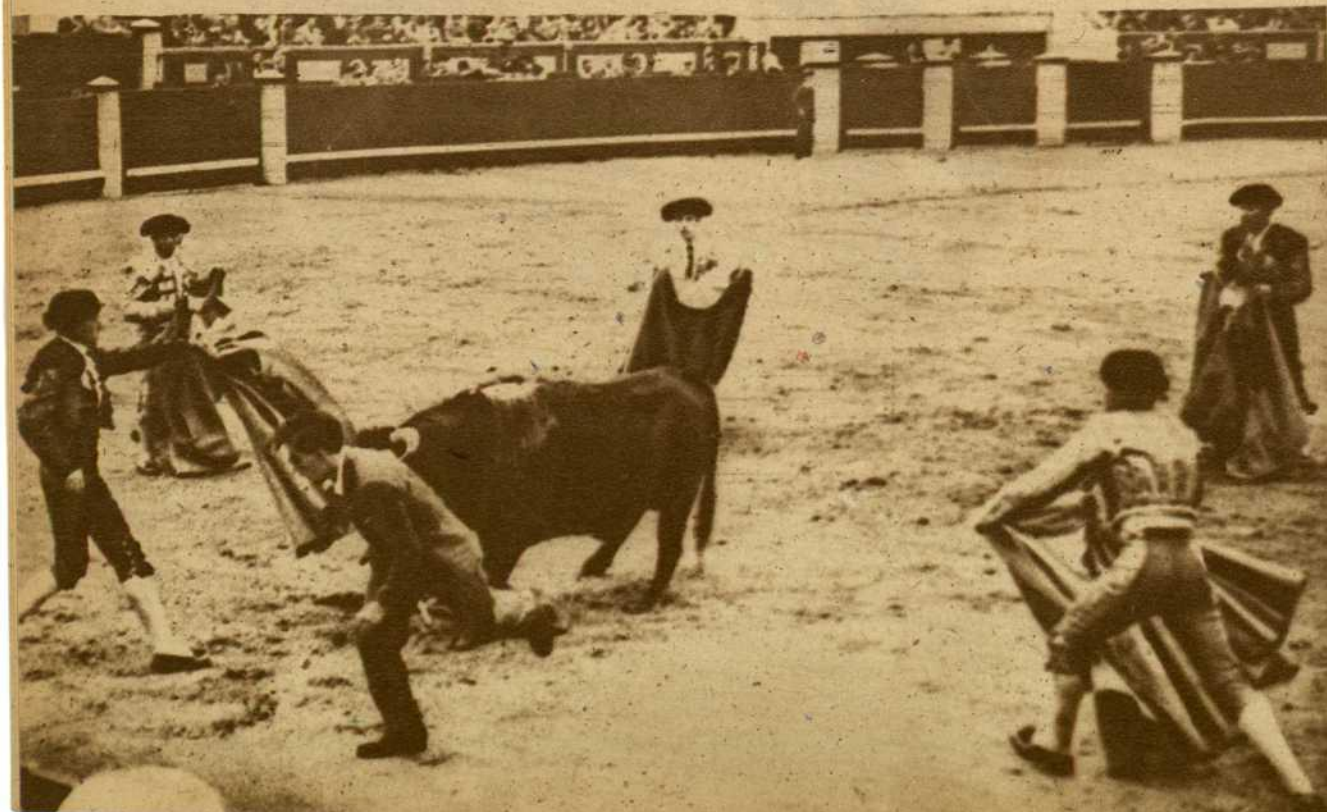
—Porque no fué más que un minuto. El toro había salido ya y advertí que se venía espantosamente por ambos lados. De pronto surgió a mi vera un chavalillo... Ya sabe usted: la muleta en la mano y en la cara esa expresión del espontáneo, que no se parece a nada. Me abracé a él con todas mis fuerzas e intenté llevarlo hacia la barrera, porque yo tenía el presentimiento de lo que iba a ocurrir. El chaval se defendía y la gente se puso de su parte... No sé si le solté o se me escapó... Pero no he visto a nadie que tuviera más prisa en irse de este mundo...

Fuó un verdadero acierto acabar de una vez con los espontáneos. El que quiera emoción, que consulte los carteles, donde no se engaña a nadie. Allí se dice entre líneas lo que va a pasar. Allí se ofrece una emoción de plantilla organizada sesudamente. Es preciso, por tanto —y es lo correcto—, respetar el cartel.

No obstante, yo pido perdón para todo el que, por regalarnos su Emoción íntima, rasga la seda de un cartel arrojándole su propia vida, como una pedrada.



El final de la mayoría de cuantos se lanzan a los ruedos. El menor movimiento del toro asusta al aspirante a diestro y lo empuja para el callejón, donde le esperan los guardias de servicio



"Yo iba con SANCHEZ MEJIAS cuando "Baileor" mató a JOSELITO"

PEPE RODAS, aquel gran banderillero, que ha bregado en mil ochenta y nueve corridas

DENTRO de ese mundo complicado y fantástico que es el toreo, la fama puede muchas veces tocar con sus alas a quienes figuran en lo más humilde del escalafón. Si así no fuera no existirían esos nombres que en el recuerdo del aficionado hablan de la humilde grandeza de los que, conocedores de su capacidad, prefirieron triunfar como subalternos a hundirse en la mediocridad del numeroso grupo de los espadas sin relieve. Este es el caso de Pepe Rodas, que probó fortuna, sin alcanzarla, como matador de toros, y ganó, en cambio, fama y dinero como rehiletero excepcional y peón inteligente y odiciado. Casi un cuarto de siglo —desde los primeros pasos de Joselito hasta hace diez años— vivió Pepe Rodas entregado a la dura brega de la fiesta brava; en más de mil corridas (exactamente mil ochenta y nueve) tomó parte, y cuatro cogidas —dos de ellas graves— dejaron en su cuerpo cruentas señales... Balance magnífico, como advertirá el lector, y que justifica la presencia de Pepe Rodas en las páginas de EL RUEDO.

El padre de Pepe Rodas fué banderillero también. Con Moyano formó una pareja célebre, durante varias temporadas, al servicio de Revete. Su bisabuelo también anduvo metido en estos menesteres: fué picador con Antonio Sánchez, el Tato. Era natural, pues, que Pepe Rodas heredase la afición de sus mayores. Sin embargo, su padre quiso quebrar la tradición y le hizo estudiar el Bachillerato, con el propósito de que eligiese más tarde una profesión menos peligrosa. Pero el hombre propone y Dios dispone... Pepe, cuando terminó el Bachillerato, no quería otra cosa sino ser torero. No obstante, se tuvo que conformar con algo bastante más tranquilo: su padre le colocó en una importante tienda de tejidos, que abrió y abre, porque aun existe, sus puertas en la calle de Velázquez. Allí pensaba el viejo Manuel Rodas que su hijo Pepe se olvidaría de sus aficiones. Pero se equivocó. Casi todos los domingos, con otros amigos, Pepe acudía a la venta de Carancha, y allí, ante una vaquilla que "sabía latín", probaba su destreza con el capote y simulaba las más diversas suertes del toreo. Un día... Pero será mejor que sea el interesado quien tome la palabra:

—Un día llegó a la tienda Joselito, para comprarse un traje... Yo lo conocía mucho y adivinaba que no tardaría en ser figura. Joselito, sonriente, mientras elegía la tela, bromaba conmigo. "No te da pena de quedarte toda la vida detrás de este mostrador..." Antes de irse, Joselito volvió a la carga y me preguntó seriamente si quería irme con él como banderillero. Acepté en el acto y quedé agregado a su cuadrilla. Esto ocurría el año 1910, casi a la vez que mi padre regresaba de Montevideo, donde había actuado con Antonio Fuentes, como banderillero, su última temporada...

A partir de ese momento, Pepe Rodas, aclamado por los aficionados como peón inteligente y banderillero formidable, vio crecer su fama, mientras las más grandes figuras del toreo se lo disputaban. Estuvo con Cocherito de Bilbao, Martín Vázquez, Sánchez Mejías, Belmonte, El Gallo, Chicuelo, Félix Rodríguez... En dos ocasiones —1915 y 1922— quiso hacerse torero. Actuó con notable éxito en numerosas funciones; pero desistió y volvió a tomar las banderillas. Formando pareja con Magritas, su nombre atrajo la atención de los buenos aficionados. Hubo temporadas que llegó a torear con Juan Belmonte más de cien corridas. Otra, con Félix Rodríguez, suscribió un contrato en el que se le aseguraban quinientas pesetas por función, por un mínimo de setenta funciones. Aquel año llegó a las ochenta y dos...

—¿De qué temporadas guarda usted mejores recuerdos? —le hemos preguntado, interrumpiendo la narración.

—De las de 1920, 1923, 1924 y 1925... Recuerdo una feria de Sevilla en la que Magritas y yo banderilleamos a los cuatro Miuras que le habían correspondido a Juan Belmonte. ¡Qué bien estuvimos! También recuerdo gratamente una corrida de la feria de Bilbao, en la que se lidiaron "pablorromeros".



Pepe Rodas, el gran rehiletero y formidable peón, ya retirado de la vida activa del toreo, en su charla para EL RUEDO. (Fots. Arenas.)

Ibamos entonces con Chicuelo. También estuvimos muy bien.

—¿Cuál es, por el contrario, su peor recuerdo?

—La muerte de Joselito en Talavera... Aquella tarde iba yo con Sánchez Mejías y fui testigo de la mortal cogida del infortunado José. Por cierto, que cuando aquel día llegamos a la estación de Talavera, el búcaro que llevaban los de la cuadrilla de Joselito se rompió de un porrazo, y el comentario de aquel gran maestro fué todo un presagio: "Aquí se acabó Joselito", nos dijo al ver partido en pedazos su nombre, que marcaba, como es costumbre, todo el equipaje de la cuadrilla. ¡Quién le iba a decir que aquella frase iba a tener fatal cumplimiento horas más tarde, en el redondel.

—¿Cuál ha sido el elogio más grato que escuchó usted?

—Uno del Guerra... Una vez me vieron poner banderillas y me dijo que me parecía mucho a mi padre.

—¿Cuántas veces toreó usted fuera de España?

—Muchas... Mi primera salida fué a las islas Terceras. Allí banderilleé al uso portugués, "a porta gayola". Después he ido a Lima con Belmonte, tres veces a Méjico con Chicuelo y una al Brasil, formando pareja con Moyano. A Portugal también he ido mucho. En todos esos países gusta mucho el tercio de banderillas, en particular en Méjico. Allí gané los tres años que fué un concurso que por entonces se organizaba para premiar al mejor rehiletero.

—¿Qué diferencias más notables encuentra entre sus tiempos y los actuales?

—Yo creo que actualmente no se da al tercio de banderillas, salvo cuando el matador toma los palos, la importancia de hace veinte años... Entonces el público no se conformaba con que los peones salieran del paso. Había que llegar al toro, sin molestarse con capotazos inútiles y perjudiciales, y colocar con brevedad y lucimiento los tres pares de banderillas. Por otra parte, los "maestros" de mis tiempos apreciaban bien el trabajo de los peones y no admitían fallos ni trampas. Había que recoger al toro a la salida, jugando el capote con una mano, para colocar al bicho en el lugar exacto... ¡Aquello eran otros tiempos!

—¿Cuánto ganaba un banderillero cuando usted empezó?

—Treinta duros... Y un traje venía a salir por setecientas u ochocientas pesetas.

—La última pregunta: ¿Cuáles fueron, a su juicio, los mejores banderilleros de todos los tiempos?

—Yo no vi al Guerra... Hago esta aclaración para que nadie crea que olvido lo que significó. De los que yo vi, creo que los mejores fueron Joselito, Gaona, Saleri II, Facultades... y sobre todos ellos Fuentes. De los actuales, creo que los mejores son Pepe Bienvenida y Carlos Arruza...

FRANCISCO NORBONA

(Fot. Luis Arenas.)





Vicente Pastor descañellando a un toro en la Plaza de Bilbao. Cerca del diestro madrileño se ve a Antonio Fuentes



IX

Uno de los públicos que más alentaron al Chico de la Blusa en sus comienzos toreros fué el valenciano.

Bien es verdad que el diestro de la calle de Embajadores, siempre que actuó en el palenque de la antigua calle de Játiva, lo hizo poniendo a disposición de los aficionados chichas su desmesada voluntad y su ilimitado valor.

Como sucedía en Madrid, en Valencia también tenía muchos partidarios el otro madrileño Juan Sal, Saleri, fino lidiador y concededor de todas las suertes del toro, como ya expresé anteriormente.

A tal extremo llegó en la ciudad de las flores el pugilato coetáneo de los dos madrileños, que en una de las corridas por ambos toreros tuvieron que ser amonestados por la autoridad para que se abstuvieran de cometer temeridades, que a los aficionados valencianos que las presenciaron emocionaron hondamente.

Tuvieron siempre los madrileños el deseo de poseer en el toreo una primera figura, deseo que no vieron realizado en el desventurado Domingo del Campo, Domingo, porque éste, a pesar de su valentía, era en los tres tercios de la lidia un lidiador relativamente corto.

No pasaban inadvertidos aquellos deseos para el famoso Rafael Guerra, Guerrita, quien en una ocasión, viendo torear a Saleri en San Sebastián con un estilo finísimo, con el capote y la muleta, banderilleando al quiebro y dando el salto de garrocha, exclamó sentenciosamente: «¡Gracias a Dios que los madrileños van a tener un torero!»

Este vaticinio, que no llegó a cumplirse, pero que no carecía de fundamento, se hizo rápidamente público y contribuyó para que El Colilla, como en su época de aficionado pueblerino llamaban a Saleri, actuase en las principales Plazas españolas.

Pero la profecía del gran torero cordobés no llegó a cumplirse en Saleri y sí en Vicente Pastor, a quien Guerrita no había visto aún torear.

El Chico de la Blusa, que ya iba siendo en todo grandecito, dejó en Madrid fuera de combate a Juanito Saleri y lo mismo aconteció en Valencia, donde los «pastoristas» crecían por momentos.

En este año 1901, penúltimo novillero de Vicente, toreó, como ya expresé anteriormente, ocho corridas ante sus paisanos y una a once en la ciudad del Turia.

En esta capital se presentó el 24 de marzo, despachando con Alvaradito y Malagueño reses de Amalasio Martín. De don Joaquín Pérez de la Concha fueron los novillos corridos el 31 de dicho mes, estoqueados por el Chico, que ya se hallaba en posesión de otro flamante vestido azul y oro; Bocanegra y Palomar chico.

Con Reverito le encerró la Empresa el 2 de junio, despachando ambos compañeros de don Esteban Hernández, aquel ganadero concienzo de grata recordación, cuya prestigiosa vacada desapareció durante el dominio rojo.

Esa novillada constituyó para Vicente uno de sus mejores triunfos en el caso valenciano, pues cortó la oreja a los novillos corridos en segundo y quinto lugar, siendo saeado de la Plaza en hombros de los entusiasmados espectadores.

También fué oreado Pastor en la corrida del siguiente día 30, toreando con Alvaradito y Morenito de Algeciras astados de Pérez de la Concha.

El 1.º de agosto se celebró la novillada de feria y en ella trabajó Vicente con el mentado sobrino de Reverte, Reverito, y Francisco Pérez, Navarito, novillos de Ibarra.

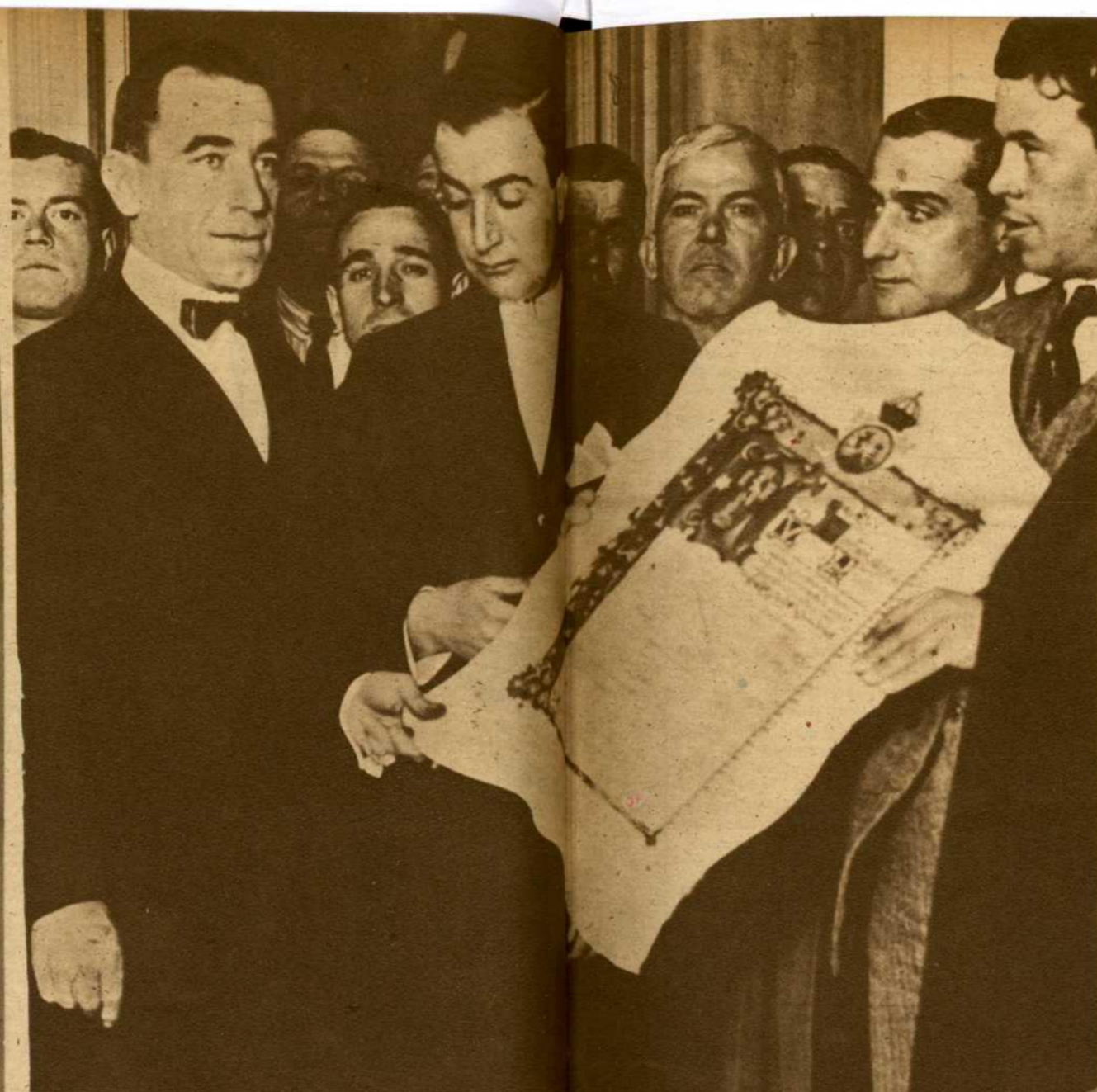
Con Cocherito de Bilbao despachó bovinos de Pérez de la Concha el 8 de octubre, y el 13 —última novillada de Vicente en Valencia el 1901— con Angel Carmona, Camisero, debutante, lidió bichos de Concha y Sierra, realizando con el lidiado en quinto lugar una enorme faena coronada con un soberbio volapié, concediéndosele una oreja.

Estas fueron las lucidísimas actuaciones de Vicente Pastor en la ciudad del Cid, por lo que se le llamó allí el torero favorito de Valencia.

En el cerco taurínico de la Barceloneta tomó parte en cinco novilladas.

El 10 y el 19 de marzo, con toros de Arribas y Salas, respectivamente. En la primera alternó con Morenito de Algeciras y Chufero, y en la segunda, con dicho Morenito y Rafael Gómez, Gallito, cortando una oreja.

Una curiosa fotografía de Vicente Pastor. De un solo golpe de objetivo, cinco figuras de la misma persona



Jesulito ofreciendo el título de presidente honorario de la Asociación de Toreros a Vicente Pastor, por su labor al frente de ella durante su etapa presidente efectivo.

Historia taurina de VICENTE PASTOR

El torero favorito de Valencia.—Una profecía de Guerrita que no se cumplió. Veinte novilladas en tres Plazas.—Oreja a granel.—El Chico de la Blusa en trance de muerte.—Las primeras novilladas de 1902.—La alternativa en puerta

Por cogida de Joaquín Calero, Calerito, mató tres novillos de Torpalacios el 16 de junio, y el 29, festividad de San Pedro, con el lidiado Potoco y Negrito, despachó astados de Filiberto Mira y Trampalaca, que tomaron treinta y dos varas, proporcionaron dieciséis caídas y mataron nueve caballos.

Con el espectáculo verificado el 16 de septiembre cerró sus actuaciones en Barcelona, y en él, con Morenito de Algeciras y Félix Tagua, sólo pudo matar un novillo de los seis másicos anunciados de don Ildefonso Gómez, porque resultó cogido toreando de muleta, apreciándosele en la enfermería un puntazo en el brazo izquierdo.

De la importancia que ya tenía Vicente en el toreo, da idea el siguiente hecho: Sólo en las tres Plazas de Madrid, Barcelona y Valencia toró ¡veinte novilladas!

En Zaragoza lo hizo el 23 de junio con Potoco, novillos de Mazpulo y Carreros, quebrando en esta corrida un magnífico par de banderillas, y el 23 de octubre, con Diego Rodas, Morenito de Algeciras; Cocherito de Bilbao y Saleri, envió al desolladero reses de Oñolauruchi y Cuadrillero.

En Málaga, el 7 de abril, inauguró la temporada con astados de Campos López, en unión de Tagua, cortando una oreja.

Otro apéndice auricular conlucido en Linares el 5 de mayo, toreando con Frescura, novillos de Lorente.

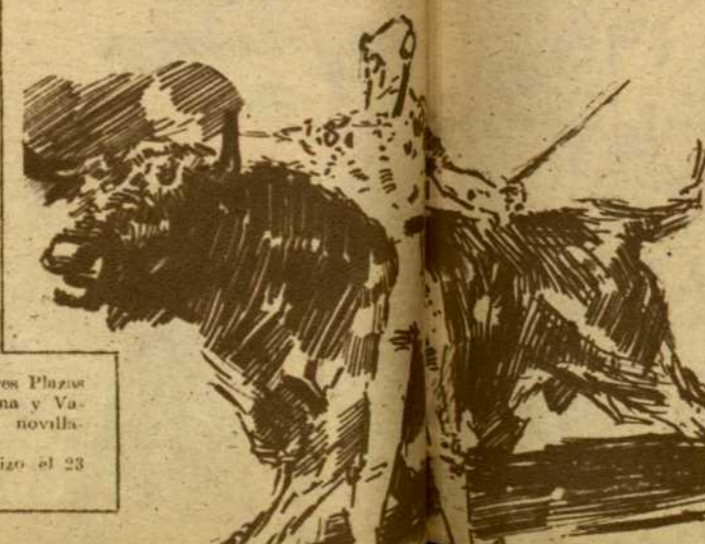
Once días después, el 16 de mayo, en la Unión mató toros de Flores en corrida mixta con Manuel Lara, Jerezano.

En Burdeos, el 7 y el 28 de julio, actuó con Palomar Chico, novillos de Clairac.

El 11 de agosto lo verificó en Ubeda, y el 15 con Navarito, en Orihuela, toros de Flores.

Otra corrida mixta toreó con Angel García Padilla, en Cieza, el 24 de dicho último mes, y al siguiente día en Alicante mató dos reses de don Félix Gómez, corrida en la que también tomaron parte Saleri, Chicuelo y Segurita.

En Cádiz se presentó con éxito el 8 de septiembre, y el 25 en



Un desplante de Vicente Pastor durante una faena en la Plaza de El Torco, de Méjico

Yecha, con Saleri y Yeclano, sortea bichos de Flores. Tomás Alarcón Mazzantinito le acompaña el 26 en Quintanar de la Orden con toracos de Filiberto Mira, y en dicho mes, el 5, el y Segurita se las entienden con seis Veraguas, siendo cogido por uno de estos, sin consecuencias, al intentar quitar la divisa al rematar un quite, lance que repitió con éxito a los pocos momentos.

El 25, como único matador, da muerte en Orihuela a reses de Conradi y Oñoro; vuelve a Ubeda el 4 de octubre, y en este décimo mes del año, el 11 y el 12, en Gandía, con Morenito de Algeciras y José Pascual, el Valenciano, finiquita cornudos de Oñolauruchi y Esteban Hernández.

Brillantisimo año novillero, precursor de una alternativa ganada a pulso, en el que la fatigalidad estuvo a punto de echarlo todo a rodar por tierra, y no precisamente porque de ello fuera el encargado el buido pitón de un morlaco.

Después de torear en Ubeda Vicente con su cuadrilla, tuvo necesidad de trasladarse en un coche diligencia a Baeza para alcanzar el expreso de Madrid.

Esparcidos los caballos, emprendieron veloz carrera, volcó el carruaje y todos los diestros resultaron heridos, particularmente el picador Antonio García Varillas, con heridas graves en el rostro.

El suceso en Madrid causó la natural impresión, corriéndose los rumores de que el Chico de la Blusa había fallecido a consecuencia del accidente. No tardó en conocerse la verdad de lo ocurrido, y los amigos y partidarios de Vicente respiraron tranquilos al saber que su torero había resultado ileso.

Cerrado el año 1901 con treinta y nueve corridas toreras y noventa y nueve novillos estoqueados, apenas llegó el 1902, año de la alternativa de nuestro protagonista, Vicente Pastor rompió el fuego con todos los honores correspondientes a su jerarquía coetánea, toreando en Madrid las tres primeras novilladas.

El 23 de febrero, después de tener cerrada la Empresa todo el mes de enero las puertas de la vieja Plaza, Vicente y Saleri lidiaron reses de Patricio Sanz, agotándose las localidades.

Vicente abrió el peritosis de tal año entendiéndose con el toro Arbolario, fogueado por su manadumbre, saliendo los saleristas malhumorados porque Pastor estuvo mejor que Juan.

Otro cartel, netamente madrileño, organizó la Empresa para el 16 de marzo. Vicente, Segurita y Mazzantinito, con enemigos pitonudos de Miura. También se vendieron todos los billetes, y Pastor continuó arrimándose.

Pero donde alcanzó un éxito rotundo y definitivo fué en la corrida del día de San José, 19 de marzo. En esta novillada triunfó con sus tres toros: Hortelano y Merengue, de Villamarta, y Golondrino, de Palha. Revertito, en este mano a mano, quedó derrotado, y la Empresa anunció para el 30 de marzo, Pascua de Resurrección, con la lidia de seis Veraguas, la alternativa de Saleri, figurando como padrino de la ceremonia Antonio de Dios, Conejito, y de testigo, Ricardo Torres, Bombita.

Este año 1902 empezó para Vicente Pastor bajo las mejores auspicios, y su nuevo apoderado, don Francisco Fernández, digno funcionario de Hacienda e inteligente aficionado, ya fallecido, se ocupó con verdadero cariño, al margen de todo negocio, de ir preparando la alternativa de su podrido, alemanada por méritos propios, y que meses más tarde le otorgaba el famoso lidiador don Luis Mazzantini, en aquel palenque donde pocos años antes el soñador de la calle de Santiago el Verde se puso por vez primera ante un morucho emboldado, de lumbrado por la grandeza de nuestra incomparable fiesta brava.

DON JUSTO



Vicente Pastor en la actualidad, sorprendido en uno de sus habituales paseos por el Madrid antiguo



EL ARTE Y LOS TOROS

EUGENIO LUCAS y su visión taurina en la obra pictórica

Por MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

ASOMBRA el descubrir cómo al querer tratar en estos ligeros comentarios artísticos sobre la pintura con temas taurinos, van surgiendo nombres, de unas y otras épocas, principalmente desde el siglo XVIII al momento actual, que pusieron su inteligencia y su obra al logro de una importante y numerosa colección pictórica relacionada con nuestra fiesta nacional. Y así, en ese barajar de nombres y estilos, van surgiendo a nuestra crítica y curiosidad de espectadores Juan de Toledo, Goya, Juan de la Cruz, Lucas, Alenza, Carnicero, Bejarano, Gutiérrez de la Vega, Villaamil, Zuloaga, Solana, Vázquez Díaz, Roberto Domingo y no pocos impresionistas, pasando por Mengs y Gustavo Doré, que prendados del españolismo colorístico de nuestro espectáculo, habían, al sentirse dominados por él, que dejar su devoción en una obra pictórica que venía precisamente a demostrar la importancia de nuestra fiesta, que al patentizar en el lienzo, hacía perdurar la ininterrumpida influencia que en todo momento ejercieron los toros en las bellas artes. Negarlo sería tanto como no admitir lo que de bello tiene la fiesta y la importancia y repercusión artística que dentro y fuera de España, desprovisto de todo interés mercantilista, ha tenido el arte arriesgado de torear en ruedo reses bravas. Arte de detalle y conjunto, de todas y cada una de las suertes. Arte en el color, en la luz y en los cambiantes; arte en el conjunto abigarrado y colorístico. Y como arte popular, por cuanto tiene de impresionista y deslumbrante, había de dominar el espíritu inquieto y creador de los pintores, principalmente de Goya, del que puede decirse que arranca el arte pictórico taurino, dejando huellas trascendentales que habían de seguir y mantener no pocos artistas de épocas posteriores.

Fiel continuador de Goya es Eugenio Lucas, padre. Toda su obra responde a una acusada y manifiesta influencia del autor de *La tauromaquia*. Influencia de tan hondas raíces artísticas, que obras de Lucas hubieron de atribuir mucho tiempo al pintor de Fuendetodos, aunque posteriores estudios y análisis descubrieran en su analogía una técnica más débil y un arte menos pródigo en bellezas, en la hondad serena y meditada de las pinceladas y en la elegancia y suavidad en el empleo del color. Más con estos deméritos, comparada



su obra con la del maestro, no deja de tener la de Lucas una enorme importancia en la temática de que nos venimos ocupando, por cuanto se refleja un período de la pintura que plasmó el ambiente de un siglo, en que los toros, en medio de la tenebrosidad característica del momento, tuvieron un auge y preponderancia que las crónicas y el arte nos han venido demostrando.

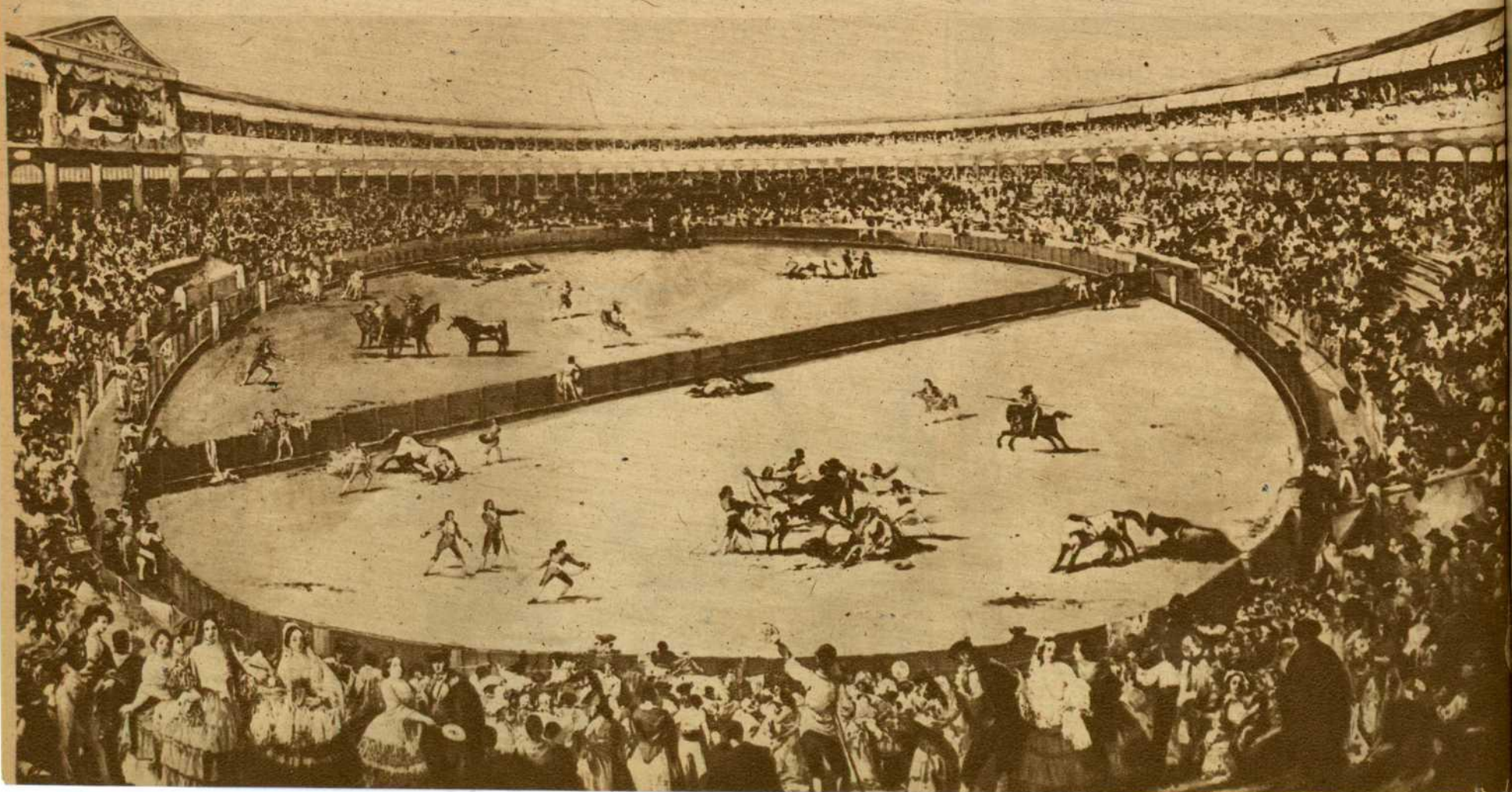
Lucas es sombrío, oscuro en su labor; pero ya se ha dicho que lo era la época y que imitaba el estilo y las maneras de Goya, que si nos legó un juego portentoso de colores en «La Familia de Carlos IV», se recreó pintando «Los caprichos» y sobre todo ese abracadabrante cuadro «Los fusilamientos del 2 de mayo».

Lucas es imitador de Goya, pero ello no quiere decir que no tenga personalidad propia. Copia el retrato de José Romero, pero pinta el de Francisco Montes, Paquiro. Lucas usa los tonos oscuros en los que se pierden las figuras, pero crea en 1848 ese lienzo de grandes dimensiones, «División de plaza», en el que a la gracia del conjunto hay que añadir la belleza de esas figuras femeninas principalmente de primer término, que son verdaderos y elegantes retratos de damas de la época. Y eso sí: al lado de la luz que irradia este cuadro, «Suerte de varas» y «Corrida en un pueblo» nos hablan

de su influencia dominadora y en los que, más que la técnica, debemos ver en ellos lo que tienen de impresionismo y de reflejo de cómo eran los toros en el ambiente popular de las aldeas y pueblos castellanos. Eugenio Lucas ha nacido en Alcalá de Henares en 1824 y muerto en Madrid en 1870, y en sus cuarenta y seis años de vida se ha empapado, permítaseme la frase, de ese costumbrismo localista de la Vieja y Nueva Castilla, con tan hondas raíces tradicionales en la vida española, en la que no estaba exenta la fiesta de toros, como no lo estaban las justas y torneos de que nuestra vieja Plaza Mayor de Madrid tanto podría hablarnos y descubrirnos.

Entre todos los artistas cultivadores de la pintura taurina, es Eugenio Lucas uno de los que más hondamente han sentido el tema y más puede interesarnos su divulgación, por cuanto tienen sus obras de documento para la historia de la pintura sobre temas taurinos y aun de la misma fiesta que tan acertadamente se calificó de nacional.

Arriba: "Corrida de toros en un pueblo".—Abajo: "División de plaza". Obras artísticas de Eugenio Lucas



DON MANUEL HALCON

cree que las "Plazas de Toros"
se debían llamar "Plazas de Toreros"



Manuel Halcón, años atrás, con traje campero y su yegua favorita

HAY pocos aficionados de una solera tan pura como don Manuel Halcón, escritor de finas letras, timonel de grandes empresas periodísticas, andaluz con señorío y cordialidad, acostumbrado desde la infancia a la vida campera y al refugio de los buenos libros. Pariente próximo de poetas, ganaderos, como el inolvidable Fernando Villalón, y espectador de toros —nótese que decimos "de toros"— desde que, a los cuatro años, su padre le llevaba a la Plaza con el anuelo de una buena merienda, consumida la cual se dedicaba a contemplar

todo lo que pasaba fuera del ruedo.

Cuando yo he ido a ver a don Manuel Halcón daba la casualidad que acababa de leer la entrevista que yo celebré con el doctor Blanco Soler. Estaba en todo conforme con las respuestas que me había dado nuestro eminente galeno. Tan conforme, que me dijo:

—Estoy absolutamente compenetrado con todo cuanto ha dicho nuestro admirado doctor. Tanto, que no tendría inconveniente en hacer mías sus contestaciones. Demuestran un magnífico conocimiento de la materia. ¿Qué le puedo decir yo después de esto?

LOS PRIMEROS RECUERDOS TAURINOS

—Por ejemplo, su recuerdo primero de los toros...

—Fué en la época de los donancredos, ilusión de los niños en Sevilla. Los niños iban al palco de la Maestranza sólo los días de novilladas, y apenas mirábamos al ruedo, porque el atractivo principal estaba para nosotros en aquellas bandejas de la merienda que nos servían después de muerto el tercer novillo. A mí me intrigaba también mucho aquel espadín que llevaba Antonio, el mayordomo. Nos habían dicho que con él nos defendería de la fiera si saltaba hasta el palco, cosa que deseábamos muchos. Así, no puedo precisar cuál fué la primera corrida a que asistí, con ánimo de ver torear. Enterarme de veras, me enteré viéndolo a Belmonte en Morón, bregando con un novillo-toro de seis años. Estuvo más tiempo en el suelo que de pie. No sé cómo no le mató. Se alzaba con

ademán trágico impresionante. Llegó a la suerte suprema sin taleguilla. Belmonte se pegaba con afán a los costillares de la fiera, y en los molinetes, que entonces nacían, parecía que se liaba la manta a la desesperada. Ya estaba allí el valor con plena manifestación. Luego vendría el talento a centrar la figura y señalarle al artista esa mágica parcela de terreno donde habría de triunfar. Si me va a preguntar luego qué torero me gustó, y me gusta más, desde ahora puedo decirselo: Belmonte.

—¿Y cuál es la mejor época que ha conocido?

—La de Fuentes, Gallito y Belmonte.

—¿A qué le da usted más importancia como espectador, al toro o al torero?

¡EL TORO, EL TORO, EL TORO!

—El toro es —debe ser— la base de la fiesta. Desde los tiempos de Gerión, las hierbas de la cuenca del Guadaira y del Guadalquivir, y no sé qué sitio de Navarra, dan toros bravos, el toro-rey, el amo de la fiesta. Pero sobre esto ya me pronuncié ampliamente en "Semana", donde me permití aconsejar un cambio de rótulo de las Plazas: en lugar de "Plaza de Toros" debía ponerse "Plaza de Toreros".

—Recuerdo aquel artículo.

—El toro pasó a segundo término, cosa que se comenta alegremente.

—Es que la afición actual...

Pronuncia estas palabras terribles:

—La afición pagará muy cara esta culpa.

EL "CASO MANOLETE"

No recuerdo ya cómo la conversación se concreta después, en un punto: Manolete, el "caso Manolete".

—Me parece un magnífico torero. Es un caso de logro total. Alguien le aconsejará que cambie algo, que se alegre, que mezcle un tanto la escuela. ¡Buen tonto sería! Algunos temen que canse al público; pero no importa. Es un caso grandioso en su arte y debe consumirse así, como un cirio pascual de cera virgen.

A RITMO ACELERADO

Don Manuel nos ha avisado que tiene una cita ineludible a las doce. La conversación ha de tomar un ritmo apresurado y conciso.



Savoi

—¿Qué es lo que más le agrada de la fiesta?

—Lo que más me gusta, el toro.

—¿Lo que menos?

—El público masaulina agresivo y altoparlante.

—¿Lo que más le complace?

—El toro en el arrastre.

—¿Qué opinión tiene del torero fuera del ruedo?

—Fuera del ruedo nunca fueron para mí espectáculo.

—¿Ha toreado alguna vez?

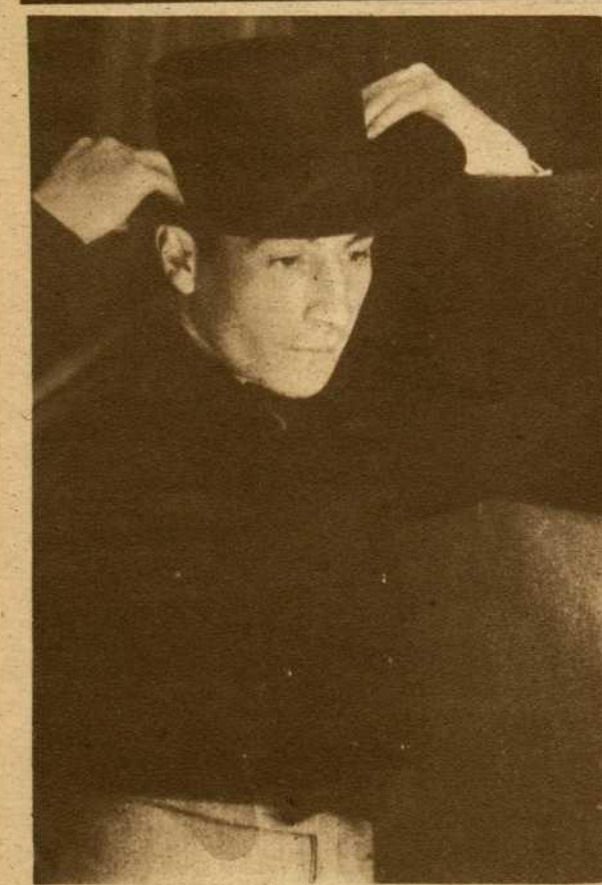
—Lo sucinto para reconocer que no he nacido para torero.

—¿Qué influencia ha tenido su afición taurina en su literatura?

—Tanto en "Recuerdos de Fernando Villalón, criador de reses bravas", como en "Aventuras de Juan Lucas", en el que una de las figuras centrales es también ganadero, impera el ambiente de campo andaluz, donde el toro reina.

Y don Manuel Halcón, antes de la despedida, nos muestra un ejemplar de estas "Aventuras de Juan Lucas", que estos días lucen su garbo y su donaire, su gracia y su estilo, y que desde los escaparates de las librerías llaman al lector con esa tirita de papel en la que se lee: "Acaba de aparecer".

Acaba de aparecer y acaba de apuntarse este gran literato y señor andaluz un nuevo éxito rotundo en su haber de escritor brillante.



Angel Luis Bienvenida se ciñe el sombrero ancho y echa sobre su hombro el chaquetón

Charla de fin de temporada

"Creo que en el Arte no debe haber fronteras ni limitaciones"



Ante el Cristo del Gran Poder, en la capilla de su casa

Admiro un valioso cuadro de Eugenio Lucas del más puro estilo goyesco; junto a éste destacan otros muy interesantes de Roberto Domingo, Cuenca, Muñoz, Ruano, Llopis y dos bronces maravillosos de Antonio Navarro.

Interrumpe mi fisgoneo la llegada de don Manuel y de Angel Luis. En el rostro de ambos leo cierta alegría que el primero se encarga de interpretar:

—¿Qué le ha parecido el éxito de Antonio?

Y a continuación me muestra dos telegramas expedidos por Antonio y Pepe Alarcón, en los que se refleja la satisfacción por el triunfo alcanzado.

—¿No se le hace raro no estar ahora al otro lado de los mares?

—Los años, amigo mío, no pasan en balde, y no estoy ya para viajes largos...

—En cuanto a Antonio, puede estar tranquilo teniendo en cuenta la persona que le acompaña, y en la cual está usted dignamente representado.

—En esa confianza estamos todos los de esta casa. Bueno; y como usted viene esta vez por Angel Luis, yo les dejo a ambos...

—Nada de eso; usted se queda para aderezar la conversación, y ahora Angel Luis nos dará su impresión personal de la última temporada.

El sexto de la dinastía Bienvenida, con el simpático ceceo de la familia, dijo:

—Creo que bien podemos calificarla de muy brillante, teniendo en cuenta que en todas las Plazas de primera categoría se han hecho faenas que acaso pudieran ser equiparadas a las realizadas en las mejores épocas del toreo.

—Ello es muy cierto. ¿Quieres añadir el juicio que te ha merecido tu propia labor?

—No espere usted le diga que estoy contento, porque sería tanto como faltar a la verdad.

Me vuelvo a su padre para preguntarle:

—¿Qué opina usted de aquellos que le inculpan de impaciente o de precipitado para con Angel Luis?

Y don Manuel responde con esta pregunta:

—Y ¿quién en estos tiempos de vertiginosa rapidez marcha en la vida con cierta pausa? Todos nuestros actos están ahora caracterizados por un denominador común que se llama celebridad, y muy contados serán los que logran sustraerse a ella.

—¿Quieres recordar tu mejor actuación?

—La segunda corrida toreada con mis hermanos en Madrid. Por lo manejable y dócil que salió el ganado de don Manuel González, pudimos cuajar una buena tarde con el detalle no despreciable de contar los toros sus cinco añitos y de no desmerecer en romana y trapío.

—Vayamos ahora con la tarde más deslucida.

—También tuvo Madrid por marco. Fue catorce días antes a la tarde anterior. Por ser la de mi alternativa, nunca como aquella he sentido más ganas de cortar orejas y también más rabia y disgusto al no haberlo conseguido.

Don Manuel continúa:

—Como usted ve, los de esta casa nunca nos echamos fuera cuando de intervenir en la Plaza de Madrid se trata. Mi mayor deseo fue que ante la afición madrileña demostraran mis hijos

condiciones taurinas o evidenciaran su fracaso y hasta ahora así a sido.

—Loable criterio que todos los fenómenos debieran sustentar. ¿Te resulta agradable torear con tus hermanos?

—Ni a mí ni a ellos nos gusta. Es mucho el sufrimiento de los tres, hasta el punto que al concluir la corrida nos parece como si cada uno hubiésemos toreado tres toros. De aquí que le hayamos pedido a mi padre procure eludir esta común intervención en los cartefes.

—¿Te ha parecido muy fuerte el salto de novillero a matador de toros?

—La responsabilidad experimentada a raíz de la alternativa es muy distinta a las épocas anteriores del torero. Al entrar en el patio de caballos y verse entre nosotros que llevan muchos años en la profesión se siente uno más neófito que nunca. Añádase a esto el respeto que inspira el toro y el comprobar que la condescendencia de los públicos es muy otra también.

—Y eso que tú, por fortuna, no has tenido que lamentar percance alguno...

Angel Luis, dirigiéndose a su padre, dice:

—Este señor no debe estar enterado de mi mortal cogida.

—Si es chufia, puede pasar, porque, a pesar de los mortales efectos de que hablas, estás aquí «muy serrano», como decía el Guerra.

—La cogida fué de muerte; pero... cinematográfica.

—No sabía que habías hecho una película. Cuéntame sus detalles, pues no serán interesantes.

—Protagonicé nada menos ni nada más que el famoso papel de «Escamillo», de Carmen. Se filmaron las escenas de la corrida en la Plaza de Ronda, y dirigió la película el italiano Caracciolo para la productora Scalera Films, de Roma. De «Carmen» hizo Vivianne Romance.

Y añade Bienvenida padre:

—A mí me encargaron de supervisar las escenas taurinas, y no sabe usted lo que éste me hizo andar de ca-

peza.

—Pero, hombre, ¿tan mal lo hacías?

—Quia, no, señor; los males vinieron porque como quiera que los tres toros de don Antonio L. Sánchez sa-

ron formidables, le dió por hartarse de torear por molinetes, manoletinas, y yo venga a enronquecer pidiendo que torear a la antigua, y ¡que si quieres!

—Veamos ahora tus proyectos para la próxima temporada.

—Espero con cierta tranquilidad los acontecimientos taurinos, sin por ello descuidar mi puesta a punto, para lo cual pienso trasladarme en breve a Salamanca, y allí permaneceré hasta la primavera.

—¿No crees que la concurrencia de los mejicanos resten corridas a muchos diestros españoles?

—Mire usted; yo soy de los que creen que en el arte no debe haber fronteras ni limitaciones. Cuanto mayores sean las competencias, mejor librada saldrá la fiesta y la afición.

—¿Te agrada banderillar?

—Me gusta saborear el tercio de banderillas por su alegría y espectacularidad, y lo ejecuto siempre que abriga alguna esperanza de cuajar faena a la hora de la verdad, que es cuando se empuña la muleta.

—¿Quieres enumerarme tus entretenimientos favoritos durante la época de inmovilidad forzosa?

—Ante todo, los deportes, no sólo por la distracción que reportan, sino también por la actividad que redundan. Y de éstos, la pelota a pala, el fútbol y la equitación. El cine me divierte, y como mi padre es un devoto del teatro, lo suelo acompañar alguna noche.

—¿Te complacería que tu hermano Juanito se dedicara al toreo?

Es don Manuel quien, poniendo un poco la cara fosca, responde:

—Precisamente es él el único de casa que lo anima y jalea, le proporciona festivales, le escoge los becerros y habla de ser su apoderado. A pesar de que todo esto nos hace muy poca gracia a su madre y a mí.

Y Angel Luis, con lagotería, abraza a su padre y le dice:

—Lo que vas a presumir tú cuando veas que lo aclaman como al mejor torero de tus hijos!—Y dirigiéndose a mí, concluye:—Y no se olvide decir que Juanito torearé este año como yo me llamo Angel Luis Bienvenida.

Angel Luis BIENVENIDA habla para EL RUEDO

"Mi hermano Juanito comenzará a torear este año"



Angel Luis ciñe la faja



Otros tres momentos de Angel Luis con traje can pero



En un momento de su preparación para vestir el traje can pero ayudado por su hermano Juanito se coloca la chaquetilla

EL ESTILO DEL TORO

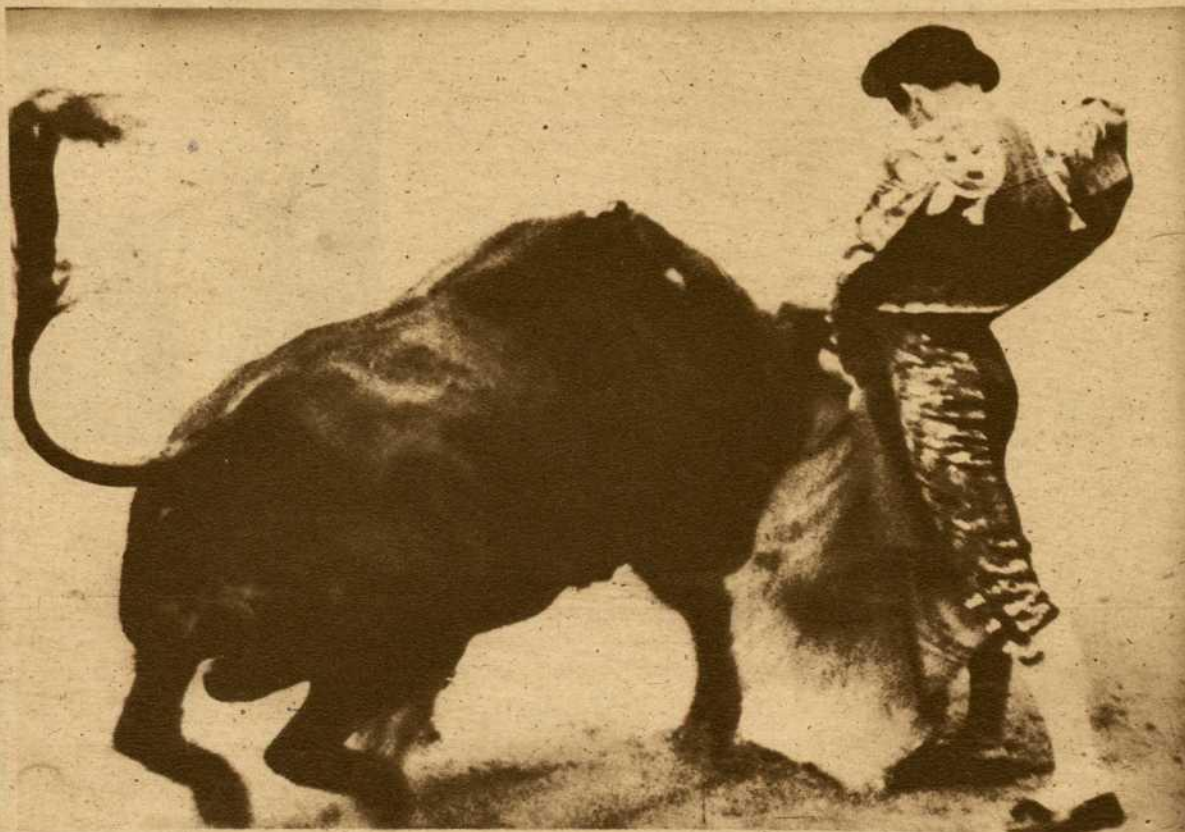
Por FELIPE SASSONE



ANTES, hace ya tiempo, cuando yo todavía no me aficionaba y era ya aficionado a la fiesta más nacional, todos hablaban del estilo del torero y nadie hablaba del estilo del toro. El toro era bravo o manso, y nada más; y cuando en la tienta peleaba bien, por el solo hecho de embestir con bravura a los caballos, era ya considerado como toro de lidia. Ahora ya al fin, se habla del estilo del toro, que siendo bravo lo puede tener bueno y malo. Aparte la opinión de los que sólo dividen a los toros en chicos y grandes, y son los aficionados furiosos, que sólo les gusta de la fiesta lo que tiene de peligro, y, lo diré con un eufemismo amable, más de emoción sentimental, de susto y sorpresa que de emoción estética propiamente dicha, bien está, yes una adquisición para el lenguaje taurino, el hablar del buen o mal estilo del toro. Los traductores antiguos clasificaron al toro por su manera de embestir, generalizando, y así convinieron en que había toros boyantes o claros, que embestían siempre al trapo y derecho; toros revoltosos, que embistiendo derecho y al trapo se revolvían con celeridad, y eran lo contrario de lo que suelen llamarse hoy toros pastueños, por la suavidad de la embestida y la solución de continuidad que ponen en sus ataques, y seguramente lo de pastueño viene, por derivación popular, pintoresca y no muy caprichosa, de pastar, y, en fin, toros que se ciñen o se acuestan de un lado o de los dos, haciendo ya torcido el viaje de la acometida e inclinándose del lado por donde sale el lidiador. Otras clasificaciones han seguido después: el toro que gazapea, es decir, como la definición indica, que acude andando con mañosa cautela para ver por dónde se escapa el bulto que le desafía; el toro que frena, que es el que, con la misma intención que el anterior, se afirma con las pezuñas delanteras en la arena para pararse en el centro de la suerte y repetir la acometida sobre seguro; el toro que puntea, que es el que ataca con el cuerno que más le conviene y repite dos o tres veces el derrote con gran celeridad; el toro levantado, que se tapa para no dejar pasar al diestro: el toro que humilla con exceso para meterse taimadamente por debajo del engaño e irse al cuerpo, y el toro marrajo, designando con esta palabra, de una manera vaga, al que por haber sido torreado otra vez o por haber aprendido durante la lidia ha descubierto las tretas del torero. También se da el caso, muy frecuente, por cierto, y esto conviene explicárselo al aficionado bisono y poco entendido, de que siendo la fiesta taurina el espectáculo de la lidia de reses bravas, se denominen mansos a los toros que se duelen al castigo o que ya de primera intención, son reservones y cobardes y no embisten con franqueza. De estos toros mansos suelen decir algunos toreros, y yo lo he leído en recientes declaraciones de lidiadores de renombre, que son los más difíciles, porque hay que acercarse más para obligarlos a embestir y dominarlos. Tengo para mí que no tienen toda la razón, aunque dichos toros no sean fáciles, pues que confunden obligar y sujetar con la verdadera dominación, que consiste en corregir las malas mañas de los toros que embisten fuerte y con ganas de coger, y en quebrantar a los que tienen mucho poder, y en este sentido el toro más difícil, el que según se dice descubre al torero, es el toro bravo, fuerte y poderoso, sin mañas, que por no salir bien castigado de la pica, por no salir desangrado y ahorrado, acomete con celeridad y codicia y casi no da tiempo al torero para que

se enmiende y del que, entre lance y lance. Pero todas estas son clasificaciones generales; por decirlo más claro, generalizaciones que no pueden expresar siempre lo exacto en cada caso, y por eso tienen razón los que hablan del estilo del toro cuando quieren significar con ello que cada toro tiene una manera peculiar de embestir. Hay toro que cuando se le acerca el torero, con la muleta se cruza delante de él, como adivinando el sitio por donde le va a dar salida, y al hacerlo, sin embestir, sólo aguardando en posición de ventaja, no deja que el torero llegue al sitio en que debe colocarse para torrearle bien. Hay toro que cambia dos, tres y más veces durante la lidia su modo de embestir, y a veces con tal rapidez de lance a lance, que frustra y echa por tierra todos los planes que el torero ha ido reformando y cambiando a su vez durante la lidia. Un toro te advierte de pronto, por la manera de embestir, que está avisado por el lado derecho, que por allí te va a coger, y cuando después de haber probado por la izquierda, al ver que no embestia por dicho lado te decides a repetir con precauciones el lance por el lado derecho, resulta que el toro acude a él suavemente y sin buscarle. Mas luego ocurre también — ¡qué difícil es explicar todo esto, Dios mío! — que al tercer lance por la derecha vuelve el toro a las andadas, y que en el sitio en que se quedaba te arranca fuerte, y que en el mismo sitio en que arranca fuerte vuelve a quedarse, y de este toro es del que dicen los toreros que no tienen por dónde meterle mano. Cada toro tiene su estilo; cada toro es un caso, como un enfermo, y esto es lo que ha de tener presente el buen aficionado ante todo y sobre todo, para, según el estilo del toro, juzgar del estilo del torero y saber disculparle si no pudo tener estilo, es decir, si no pudo torrear con arte y con gracia y sólo con maña y destreza para defenderse y vencer pronto donde no podía lucirse.

Dicen que lo más importante para los ojos del espectador es, en el juego del fútbol — del cual, dicho sea de paso, no sé ni jota — mirar hacia dónde va la pelota; pues



Manolito Bienvenida en un lance de capa, dado con su incomparable soltura y alegría...

Manolito en una chicuelina



Manolito en una chicuelina

bien; diga yo ahora: en la fiesta de toros lo que más importa y lo que más divierte desde el punto de vista de la variedad, por los lances a que da lugar, son las condiciones del toro. Pero así como para nuestra condición humana no es más importante la pelota de cuero que el jugador de carne y hueso, en la fiesta de toros no se puede ser partidario siempre del toro y enemigo del torero cuando éste es un artista que sabe el oficio y no ha podido torrear con buen estilo porque tenía mal estilo su enemigo.



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

El "sufrido aficionado" y los toros

GENTE que sabe «del toro». Aficionados antiguos y con solera, se han reunido a comer en torno de unos toreros, porque antes también se les daba banquetes y homenajes a los astros celestiales.

Ha sido cosa de siempre y para ejemplo damos esta fotografía en la que aparecen los tres hermanos Gallo: Fernando, Rafael y José.

Y una vez demostrado esto, que es bastante importante, nos conviene aclarar que también entonces al «sufrido aficionado» se le daban banquetes. No sabemos por qué, aunque nos suponemos que sería en acto de desagravio, y ello nos

parece muy bien. Hasta el punto de que veríamos con gusto alguna fotografía de ello para ejemplo de esta generación.

No hemos alcanzado a ver aquellas temporadas taurinas y, por tanto, todo lo que de ellas

hacemos es a través de plumas —autorizadas plumas, por cierto— ajenas. Y aunque ya su ponemos que siempre se exagera un poco, ni contando con lo que nos dicen, el sufrido aficionado de antaño puede compararse en sufrimientos al de ahora. Si se cuenta verdad, en la fecha de este homenaje, aun los toros tenían cuernos, y por cierto respetables, arrobas y lo que hay que tener. Los precios de las localidades eran asequibles a cualquier modesto padre de familia, y hasta en las tardes aburridas los espectadores podían entretenerse con inocentes juegos, como el de tirar las almohadillas al ruedo o alguna naranja que otra. Esto sin contar con que el aficionado bondadoso, incapaz de estos desahogos, podía recrear su vista por los tendidos, ya que las mujeres sabían tocar la mantilla y la peina, lucir el mantón y hasta los hombres sacaban con frecuencia el ancho y la Plaza ofrecía un alegre aspecto que podía muy bien servir de distracción cuando los espadas no servían para esta finalidad.

Hoy las cosas han cambiado. El toro es chico y apenas tiene cuernos, escaso de poder, sin arrobas. Los precios en loca ascensión hacia las nubes y ni las mujeres llevan mantilla, ni peinetas, ni se permite dentro de la Plaza otra cosa que sobrepase el chillido o algún que otro abucheo al presidente.

Por tanto, bien claro queda que el «sufrido aficionado» lo es ahora más que nunca. Pues bien; sin embargo, no conozco a ninguno que se le haya dado un homenaje.

Y esto sí que no. Si en aquella época, que estaban en palmitas, se les ofrecía, hoy lo exigen las circunstancias. Porque él es una parte esencial —quizá la más interesante— de la fiesta. Si él no paga en la taquilla, la empresa no podrá hacerlo al torero ni al ganadero, y como ya no se matan toros por afición, sino por

Por la Fiesta, porque perdure, hemos de cuidar al aficionado, mimarle y darle su homenaje. No sólo porque se lo merece, sino porque nos conviene.

Unámonos todos los amantes de este sin par espectáculo y gritemos: ¡Viva el «sufrido aficionado»! ¡Y adelante con su homenaje!



36 matadores de toros madrileños ha habido en lo que va de siglo XX

DESPUÉS de Sevilla, abastecedora por excelencia del mercado taurino nacional, es Madrid, con su capital y provincia, la que más matadores de toros viene dando en lo que va de siglo XX. Sevilla, con los sesenta y seis matadores en cuarenta y cuatro años, nos da la tónica de un potencial humano inigualable, mientras Madrid, con sus treinta y seis, se

coloca en segundo lugar. La afición de los nacidos en Madrid por el arte de Cúchares se incrementa constantemente, como lo prueba el hecho de que durante todo el siglo XIX Madrid sólo dió dieciséis matadores de toros.

De estos treinta y seis matadores de toros madrileños, las figuras más destacadas, sin duda de ningún género, han sido las de Vicente Pastor, Marcial Lalanda y Antonio Márquez, una trilogía de ases que durante muchos años, cada cual en su tiempo, mantuvo su pabellón en primera línea. Madrileño también fué, sin embargo, Rafael, el Gallo, aunque siempre se le ha considerado sevillano, y aunque por el azar de su nacimiento lo colocamos entre los toreros madrileños, sería, por otra parte, una hipérbole colocarle entre las figuras del toreo madrileño, puesto que por su escuela y por su adopción es puramente cañí, y su arte afiligranado, gracioso y desigual, está muy lejos de pertenecer a un estilo puramente castellano.

Y para satisfacer la curiosidad de los lectores, vamos a dar a continuación, de forma cronológica, una relación de todos los matadores madrileños que ha habido desde principios de siglo hasta Luis Miguel Dominguín, el benjamín de los matadores de toros madrileños.

Juan Sal y López (Salero). Nació el 23-2-1876. Tomó la alternativa en Madrid el 30-5-1902, de manos de Conejito.

Rafael Gómez Ortega (El Gallo). Nació el 17-7-1882. Tomó la alternativa en Sevilla, de manos del mayor de los Bomba, el 28-9-1902.

Eduardo Leal (Llaverito). Nació en Pinto el 3-10-1875. Tomó la alternativa en San Martín de Valdeiglesias, de manos de su hermano Cayetano, el 9-9-1904.

Tomás F. Alarcón (Mazzantinito). Nació el 23-3-1880. Tomó la alternativa en Madrid el 23-4-1905. Se la dió Lagartijo Chico.

Antonio Boto (Regateín). Nació el 7-2-1876. Tomó la alternativa en Madrid el 17-9-1905, de manos de Machaquito.

Antonio Segura (Segurita). Nació el 28-12-1881. Tomó la alternativa en Santander el 8-9-1908, de manos de Guerrerito.

Gregorio Taravillo (Platerito). Nació el 4-6-1882. Tomó la alternativa en Madrid el 1-8-1909, de manos de El Algabeño.

Juan Cecilio Villanueva (Punteret). Nació el 15-10-1886. Tomó la alternativa en Alicante el 12-2-1911. Se la dió Mazzantinito.

José Roger (Valencia). Nació el 25-10-1894. Tomó la alternativa en Madrid, de manos de Belmonte, el 5-9-1919.

Emilio Méndez. Nació el 5-12-1895. Tomó la alternativa en Madrid el 19-10-1920. Fué su padrino Dominguín.

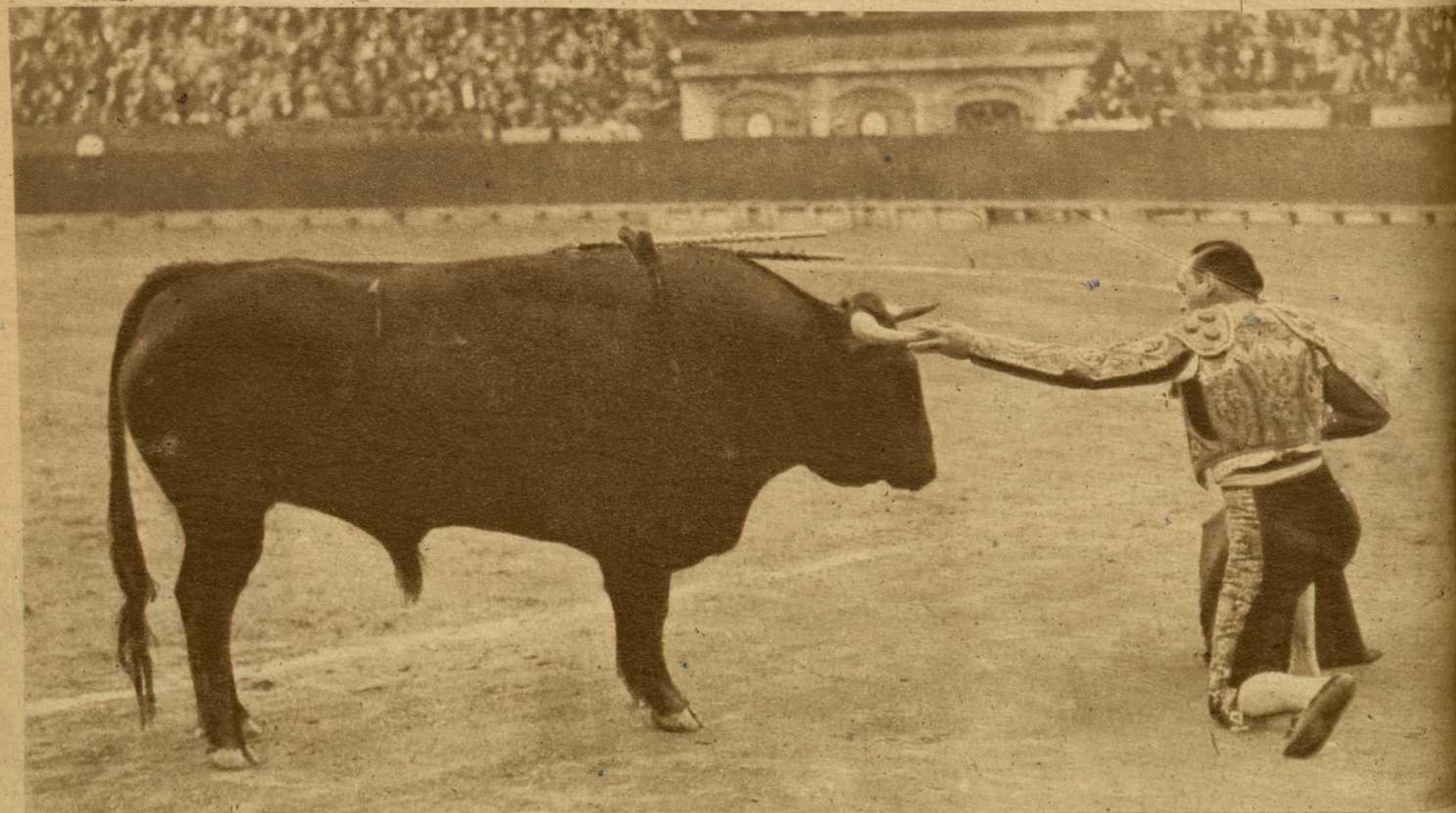
Victoriano Roger (Valencia II). Nació el 18-12-1898. Se doctoró en Madrid el 17-10-1921. Fué su padrino Granero.

Antonio Márquez. Nació el 23-3-1899. Tomó la alternativa en Barcelona el 24-10-1921. Se la dió Juan Belmonte.

Marcial Lalanda del Pino. Nació en Vaciamadrid el 20-10-1903. Se doc-



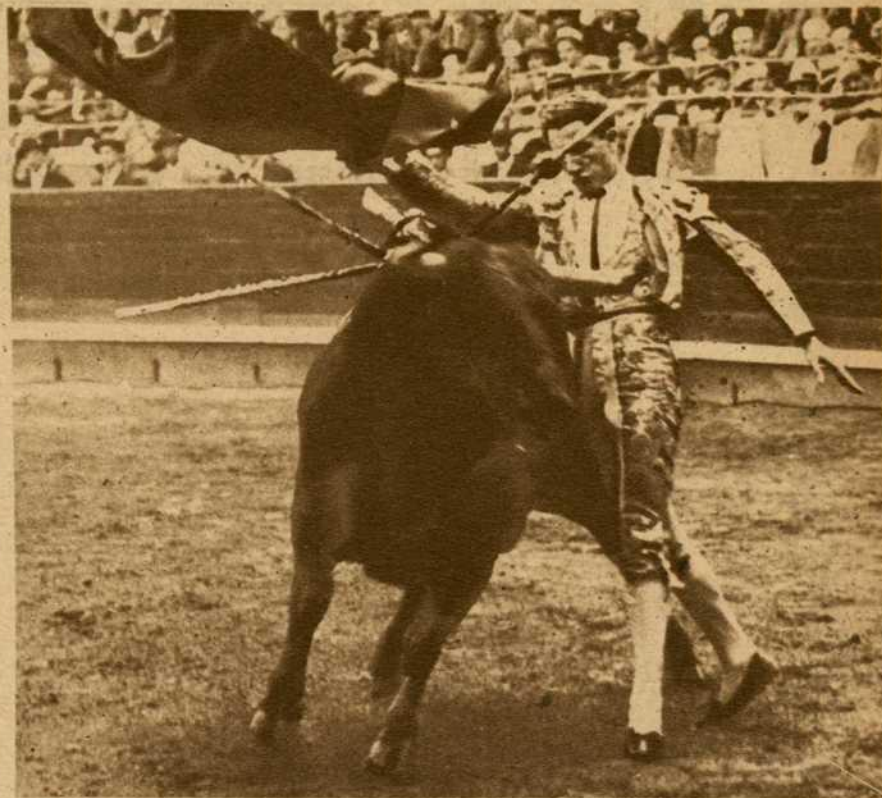
Vicente Pastor —El Chico de la Blusa— en un pase de pecho



Marcial Lalanda, el famoso matador madrileño, en uno de sus clásicos adornos

VICENTE PASTOR, RAFAEL EL GALLO, MARCIAL LALANDA y ANTONIO MARQUEZ han sido las figuras más representativas

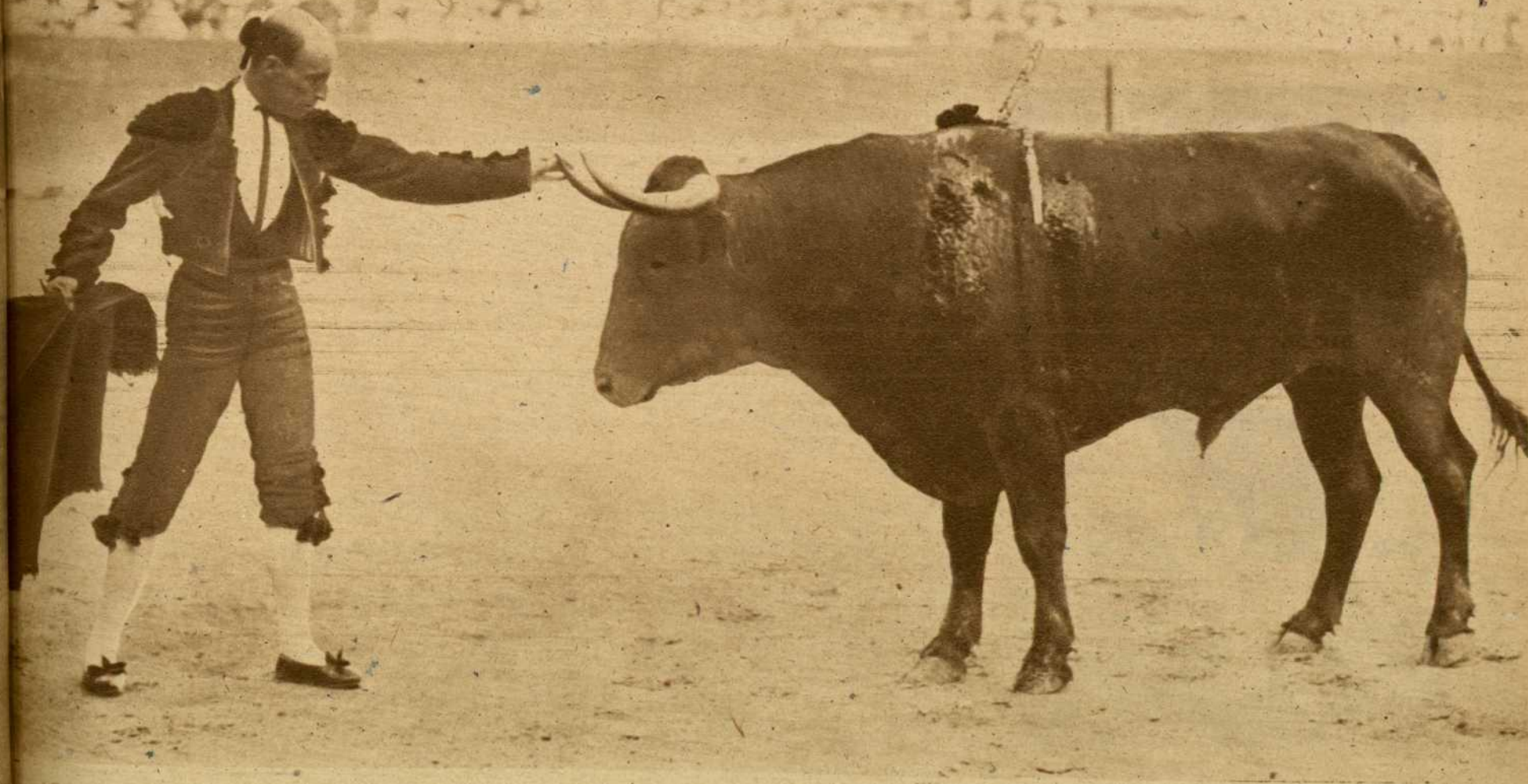
toró en la Plaza de Sevilla el 28 de septiembre de 1921. Se la dió Belmonte.
 Fausto Barajas. Nació el 12-1-1902. Tomó la alternativa en Linares el 30-5-1922. Se la dió Sánchez Mejías.
 Antonio Sánchez. Nació el 10-6-1897. Se doctoró en Linares el 29-8-1922. Fué su padrino Saleri II.
 José Paradas. Nació el 17-4-1899. Tomó la alternativa en San Sebastián el 29-7-1922. Se la dió Saleri II.
 Luis Fuentes Bejarano. Nació el 19-8-1902. Tomó la alternativa en Vitoria el 5-8-1923. Se la dió Valencia II.
 Gregorio Garrido. Nació el 31-1-1890. Se doctoró en Aranda de Duero el 10-9-1923. Se la dió Juan Silveti.
 Eladio Amorós. Nació el 27-9-1903. Tomó la alternativa en Zaragoza el 13-10-1928. Se la dió Chicuelo.
 Ricardo González. Nació el 22-1-1909. Se doctoró en Barcelona el 14-4-1929.
 Cayetano Leal Aranaz (Pepe-Hillo). Nació el 9-8-1911. Tomó la alternativa en Soria el 3-10-1930. Se la dió Fuentes Bejarano.
 Pepe Bienvenida. Nació el 7-1-1914. Se doctoró en Madrid el 4-6-1931. Le cedió los trastos Villalta.
 José Iglesias. Nació el 17-7-1904. Tomó la alternativa en Barcelona el 21-4-1939. de manos de Valencia II.
 Alfredo Corrochano. Nació el 5-10-1912. Tomó la alternativa en Castellón el 22-2-1932. Se la dió Marcial Lalanda.
 Luis Gómez (El Estudiante). Nació en Alcalá de Henares el 19-2-1911. Tomó la alternativa en Valencia el 20-3-1932. Se la dió Marcial Lalanda.
 Juan Martín (Chiquito de la Audiencia). Nació el 5-10-1910. Tomó la alternativa en Ciudad Real el 10-4-1932. Fué su padrino Villalta.
 Antonio García Maravilla. Nació el 13-1-1911. Se doctoró en Santander el 7-8-1932. Se la dió Marcial Lalanda.
 Félix Colomo. Nació en Navalcarnero el 21-2-1913. Tomó la alternativa en Madrid el 25-3-1934. Fué su padrino La Serna.
 Curro Caro. Nació el 16-3-1915. Tomó la alternativa en Salamanca el 27-5-1934. Se la dió Domingo Ortega.
 Luis Díaz (Madrileño). Nació el 25-7-1907. Se doctoró el 19-6-1935.
 Domingo González (Dominguín). Nació el 7-6-1920. Tomó la alternativa en Barcelona el 7-6-1942. Se la dió Cagancho.
 José Roger (Valencia III). Nació en Fuencarral el 17-7-1922. Se doctoró en Valencia el 17-3-1943. Se la dió Juanito Belmonte.
 Manolo Escudero. Nació el 13-2-1917. Tomó la alternativa en Murcia el 17-10-1943. Fué su padrino Manolete.
 José Dominguín. Nació el 5-6-1919. Tomó la alternativa en Madrid el 15-5-1944.



Antonio Márquez en un ceñidísimo muletazo con la derecha

de manos de A. Bienvenida.
 Y Luis Miguel González (Dominguín), que nació en Madrid en 1924 y tomó la alternativa en La Coruña el 2-8-1944.

LUIS GARCIA NAVAS



Rafael, el Gallo —el gitano madrileño— en una de sus famosas pinturerías

ARISCO y MOÑUDO murieron en un tendido

Entre el pánico del público fueron estoqueados, respectivamente, en Aranjuez y Madrid, por ROQUE MIRANDA y DOMINGO VAZQUEZ

ALLÁ por los años de 1831 —recoge en sus curiosísimas *Efemérides de «Los Toros»*, el que fué notable crítico y escritor de cosas de toros P. P. Chanela— el toro Arisco se lidió el día 11 de junio en la Plaza de Aranjuez. Fué éste el primer toro, y a esta circunstancia debe su celebridad, que ocasionó un incidente en una Plaza, hecho que se repitió después con más frecuencia y, desde luego, con más lamentables consecuencias.

Arisco pertenecía a la vacada de don Vicente José Vázquez, brava ganadería cruzada con reses de Cabrera y Vistahermosa, y que fué una de las de más renombre, la misma que, adquirida a la muerte de su fundador, en 1830, por el Real Patrimonio, pasó luego a poder de los duques de Osuna y de Veragua, perteneciendo a este último en la fecha a que se refiere este reportaje.

El famoso diestro Roque Miranda, también conocido por su alias de Rigores, era el contratado para despachar aquella corrida. Recientemente había sido indultado de la prohibición que sobre él pesaba para torear en la entonces Corte, prohibición debida a cuestiones políticas.

Eran tantas las simpatías que entre los aficionados gozaba el famoso torero, que al sólo anuncio de su nombre se llenaban las Plazas en donde debía actuar de un público tan inteligente como apasionado. El día de referencia la Plaza de Aranjuez se veía llena de bote en bote, especialmente de madrileños, deseosos de verlo a ver y que a tal efecto se habían trasladado allí.

Nada notable era de mencionar en la lidia, cuando Arisco, que desde su aparición dió pruebas de una bravura sin límites, interrumpió la general alegría y sembró el pánico entre los espectadores. Cuando menos podían imaginárselo éstos, la res vazqueña saltó al tendido con un impulso de verdadera tromba, salvando las maromas de la barrera.

Tan entero estaba el toro, que sólo había tomado dos varas, y júzguese de sus facultades por el hecho de que dió tan formidable salto sin tomar carrera. Los espectadores huyeron despavoridos. En la desbandada, no sólo abandonaron cuanto tenían a mano, sino también muchas y variadas prendas de vestir. Al temible toro pareció gustarle el espectáculo, pues del tendido pasó a la grada, recorriéndola en todo su perímetro como si se paseara por las llanuras de la dehesa, volviendo después al tendido 4, después de dejar aquellas localidades como una continuación del desierto de Sanaja.

Como era imposible disparar contra la desmandada fiera, para evitar desgracias, que en aquellas circunstancias hubieran alcanzado aterradoras proporciones, los voluntarios realistas que en la Plaza prestaban servicio de orden durante la corrida, dando una prueba de gran valor, acudieron a detener al toro con sus saos y bayonetas.

Lo que no intimidó al poderoso Arisco lo más mínimo, pues continuó su paseo sin hacer caso de nadie. Y ya estaba cerca del tendido 5, tan limpio de espectadores como los demás, cuando Roque Miranda, asistido por uno de sus banderilleros apodado el Tiñoso, se fué hacia la fiera con muleta y estoque y derrochando unas facultades maravillosas, puestas más de relieve por lo embarazoso y difícil de la situación, le dió muerte entre el general asombro y una de las más unánimes y calurosas ovaciones que había escuchado en su vida.

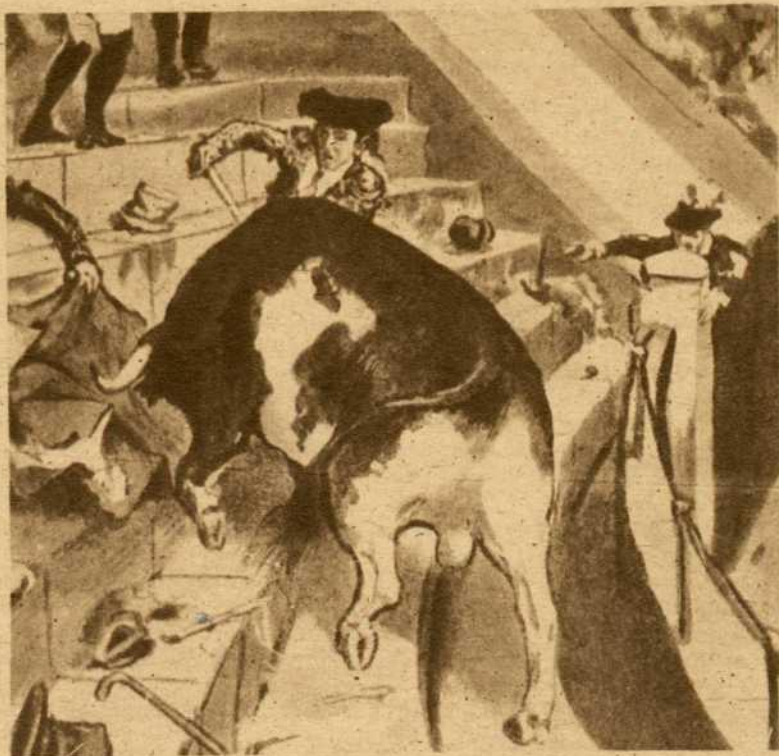


Moñudo salta al tendido de la Plaza de Madrid (Dibujo de Perea.)

Aunque abundaron las carreras, los sustos, los atropellos y los desmayos, no hubo que lamentar ninguna desgracia personal irreparable. Y Roque Miranda aumentó con esta proeza las simpatías de que ya gozaba entre el público muy merecidamente.

Otro toro bravo que sembró, asimismo, el pánico entre los espectadores en otra memorable tarde de fiesta fué Moñudo. Moñudo era retinto y pertenecía a la ganadería de Pedro Varela, vecino de Madrid. La divisa de esta ganadería, que también tenía fama de criar magníficas reses de lidia, era morada y amarilla.

Moñudo se lidió en la Plaza vieja de Madrid el 23 de junio de 1832 en una corrida con el ruedo dividido, según era costumbre muy en boga por aquel tiempo. El espada al que



Roque Miranda dando muerte al toro Arisco en el tendido de la Plaza de Aranjuez. (Dibujo de Medina Vera.)

correspondía la lidia de Moñudo era Angel Pastor. Después de recibir un pinchazo y una estocada —Pastor estaba realizando una brillantísima faena con su enemigo—, Moñudo saltó frente al tendido 2, derrotó contra la barrera y, rompiendo los tableros, se metió en el tendido, causando la alarma y el revuelo consiguientes, pero sin ocasionar desgracias.

Fué el banderillero Domingo Vázquez el que, en vista del peligro, y anticipándose al propio matador, reclamó un estoque y se dirigió resueltamente hacia el astado, que, por las trazas, llevaba camino de quedarse como único dueño del ruedo.

Los milicianos del distrito de la Latina, que presenciaban el espectáculo, acudieron en auxilio del valiente banderillero, pero éste ya había dado muerte a la fiera antes de, según intentaba, pasar a la grada.

Como en el caso de Arisco, también ahora quedó la Plaza sembrada de prendas de vestir y de los más diversos objetos. Pero hay una circunstancia que hace particularmente curioso este incidente, y es que, precisamente por el sitio que saltó el toro —el tendido 2, según queda dicho—, se hallaba la mujer que ilusionaba la vida del banderillero Domingo Vázquez.

No hay ni qué decir cuál fué el móvil que alentó al torero para llevar a cabo su hazaña. Sin negar el fin altruista que perseguía, es indudable que lo que impulsó a Vázquez con fuerza irreprimible fué salvar la vida de la mujer amada.

En las reproducciones gráficas que recogieron el suceso puede verse, como en el adjunto grabado, el matón de Manila perteneciente a la novia del banderillero, abandonado en la huida, en el mismo tendido que eligió Moñudo para dar su terrible y magnífico salto.

Una vez despachado el moñaco, Domingo Vázquez, entre el tableteo de una fervorosa y apoteósica ovación, se dirigió al sitio donde se hallaba la magnífica prenda, bordada con marfiles y alegorías chinescas, y cogiéndolo como un trofeo, lo hizo flamear en el aire con arrogancia jubilosa y triunfal.

El pago de su hazaña fué una sonrisa de mujer, que al torero debió parecerle como un trasunto de la gloria.

LOS VIEJOS DEL RUEDO



MANUEL, MENENDEZ ARTILLERITO

es el decano de los picadores

Durante más de cuarenta años, entre España y América, ha picado alrededor de 3.435 toros

ARTILLERITO vive hoy alejado casi por completo de las actividades taurinas. En el transcurso de su asencrada y vertiginosa existencia, ha tenido tiempo para todo: para viajar, para torear, para saborear la gloria de los éxitos y para llegar, burla burlando, al epílogo de todas esas andanzas mauditas, que si suele ser, por regla general, triste y en desacuerdo siempre con el esfuerzo realizado y con las ilusiones puestas en juego para lograr el ideal, también es cierto que es en la mayoría de los casos la consecuencia lógica y el resultado razonable del modo cómo se ha vivido. El picador de los tiempos prósperos de Artillerito no vivía mejor ni peor que los demás toreros que constituían la cuadrilla, incluyendo al matador. Si conseguían ahorrar algo, «mirando al porvenir», era porque la fuerza de voluntad y el apartamiento del ambiente que les era peculiar tenían que hacer de ellos la excepción, particularidad tan difícil como haber logrado que abandonasen su arriesgada y a veces divertida profesión en pleno triunfo.

Artillerito ha conocido la vida vertiginosa y amable de los triunfadores, y luego el final oscuro y difícil de los que llegan a la jubilación forzosa con la nieve de los años en la cabeza y muy escasos o casi nulos recursos en su cuenta corriente.

—Yo mismo —y el decano actual de los picadores—, siguiendo el ejemplo de los demás, no supe nunca lo que era pensar en el mañana, cosa, por lo demás, que en nuestra profesión tiene cierta disculpa. ¿Ahorrar? ¿Privarse de nada? ¿Para qué? Siempre, cuando menos se espera, llega un toro con malas intenciones, y...

—Usted, ¿cuándo empezó a torear?
—Hace ya unas cuantas primaveras. Así como más de cuarenta, pues mi debut fué allá por los años de 1900.
—¿Había usted vivido siempre en un ambiente propicio a sus aficiones?
—Regular nada más. Ahora que la procesión —la afición— iba por dentro, como lo demuestra que siendo yo gallego y no andaluz —o no parece que tienen que ser todos los toreros—, me lancé a la empresa de torear con la misma ilusión y el mismo entusiasmo que si hubiera nacido en Ronda y llevara por nombre Cayetano...

—¿Dónde debutó usted?
—En Madrid, el 1 de noviembre de 1903.
—¿Dejó usted satisfecha a la afición?
—No debió quedar descontenta, cuando tanto me alentaron con sus aplausos y no dejé ya de torear durante muchos años, ininterrumpidamente.

—¿En una misma cuadrilla siempre?
—Aunque permanecí temporadas enteras al lado de un mismo matador, he tenido tiempo también de torear con casi todas las grandes figuras del toreo durante todos esos largos años.
—¿Ha sufrido usted muchos percances?
—No muchos para el número de toros con los que he tenido que habérmelas cara a cara. Alguno, sin embargo, han revestido cierta gravedad y he tardado algún tiempo en curar de ellos.

—¿Como cuántos toros habrá usted picado en todo el tiempo de sus actividades?
—Alrededor de los 3.435.
—¿Qué toros le han resultado mejor para la lidia?
—Para mí no hubo nunca toros malos. Los ha habido que embestían o no, sencillamente. De mí sé decirle que el toro que se me ha puesto delante —y cuando él no se ha puesto me he puesto yo—, ése ha salido picado.

—¿Estima usted que la suerte de varas es un arte que puede decidirse, no sólo del propio toro, sino también de los toreros y de la fiesta en general?
—Tan lo considero así que desé luego de asegurar que donde hay un toro bien picado —y adonde con el arte que esta suerte requiere—, puede afirmarse que habrá fiesta y habrá toreros, a no ser que no exista el torero, ni a pesar de esa indispensable ventaja apuntada...

—¿En qué Plazas ha toreado usted más?
—En general, en todas las de España. En particular, en las de Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Bilbao y San Sebastián.

—¿Y en América?
—En aquellas Plazas hice muchas temporadas seguidas y de ellas guardo también, como de las nuestras, recuerdos que jamás podré olvidar.

—¿Es tan inteligente aquel público como el español en materia de toros?
—Si le ha de valer mi opinión, le diré que apenas si existe entre ellos alguna diferencia esencial. La misma pasión, el mismo entusiasmo, la misma capacidad interpretativa y de comprensión del espíritu y de los lanceos de la fiesta. Es natural, después de todo. La sangre es la misma y los gustos idénticos. A mí me daba la sensación de estar toreado en España, y oí, con esto, decirle bastante.

—¿No siente usted la nostalgia de su vida pasada?
—Cómo no he de sentirla! A decir verdad, sólo vivo del recuerdo, de aquellos recuerdos que compendian las grandezas y hasta las miserias, si usted quiere, de toda una vida. Esto de ahora, ¿qué puede significar comparado con aquello? La pesadumbre de vegetar, sólo se atenúa recordando el pasado. A pesar de todo, yo me consideraba entonces feliz.

—¿Le gustaría volver a empezar?
—Sí, y lo pasado, pasado. Y me gustaría, no por volver a ser joven, sino por volver a ser torero.

—¿En el mismo aspecto de picador?
—En el mismo. Yo estoy orgulloso de mi profesión, a la que consideré siempre, dentro de la fiesta de toros, tan importante como la que más. Naturalmente, que del mismo modo me gustaría también, como ahora, llegar a ser el decano de los de mi oficio, pues esto sería señal de que, también como ahora, podría contarlo...

—¿Torea usted alguna vez todavía?
—Lo hago con mucho gusto cuando para ello se me reclama como suplente, pues aunque, virtualmente, dejé de torear como tal profesional en el año 33, aun me veo muy a gusto sobre mi caballo enfrentado con el toro. Sólo que esto, por desgracia, no sucede más que muy de tarde en tarde.

—¿Ha ganado usted mucho con los toros?
—Mucho. Pero como lo he ganado, lo he gastado. Aun pude emprender, ya retirado, algunos modestos negocios que se fueron disolviendo como la sal en el agua. Tenía que llegar a la edad que tengo, para comprender que el final se reduce a tener que aceptar lo más opuesto a lo que hemos vivido, y a lo que gracias a que uno, después de todo, no ha dejado de tener suerte, ni buenos amigos que se interesen en el momento de la vida que más le ha hecho.

Y Artillerito sonríe ampliamente, casi feliz todavía...

JUAN DE ALCARAZ

Nuestra contraportada

JOSE DELGADO GUERRA, PEPE-HILLO



PEPE HILLO
(Según grabado de la época)

PEPE-HILLO nació en Sevilla el 14 de marzo de 1754. Por lo que respecta al lugar de nacimiento de José Delgado, hubo, durante algunos años, no poca desorientación, provocada por el hecho de que años después nació en Espartinas (Sevilla) un José Delgado Gálvez, con el que algún historiador confundió a Pepe-Hillo.

A los dieciséis años entró a formar parte en la cuadrilla de Costillares.

El 16 de junio de 1774 le dió la alternativa en Madrid Juan Romero, hijo de Francisco y padre de Pedro, José, Antonio y Gaspar, todos matadores de toros.

Murió José Delgado Guerra en Madrid el 11 de mayo de 1801. Salíó a torear mañana y tarde alternando con José Romero y Antonio de los Santos. El séptimo toro de la tarde, llamado Barbudo, grande, corniabierto, de la ganadería de don José Gabriel Rodríguez, de Peñaranda de Bracamonte (Salamanca), hizo lidia de toro manso. Pepe-Hillo le dió dos naturales y uno de pecho y fué cogido al dejar media estocada contraria. Cayó al suelo José Delgado y entonces metió el toro la cabeza y suspendió al torero por la parte superior del vientre. Pepe-Hillo murió en la misma Plaza.

A raíz de la alternativa en Madrid, el nombre de Pepe-Hillo fué adquiriendo rápidamente popularidad. Gustaba mucho su arrojo, su alegría y su particular manera de ejecutar las suertes, y por todo ello hizo que el sevillano llegara a competir con Costillares y Pedro Romero. Este fué la obsesión continua de Pepe-Hillo.

Romero fué lidiador más enterado y completo que Delgado y, en muchas ocasiones, se permitió aconsejarle; pero Hillo, en vez de reconocer el servicio que le prestaba su rival, se complacía en hacer lo contrario de lo que Pedro Romero le indicaba, y, obcecado, se dejaba llevar por su amor propio, y como poseía indudable habilidad con la capa (fué el inventor de la suerte de frente por detrás), la espada y banderillas, llegó a creer que era mejor torero que el de Ronda.

Por desoir los consejos de Pedro Romero sufrió varios percances. Uno de ellos ocurrió con ocasión de la corrida regia que se celebró en Madrid con motivo de la jura de Carlos IV. Hillo, por no atender las indicaciones de Romero, sufrió una grave cogida. El de Ronda lo cogió en sus brazos, lo sacó del ruedo y volvió a los pocos momentos para dar muerte al toro.

En 1805 marchó Costillares —al prohibir Carlos IV las corridas de toros— a Portugal, después de haber actuado por última vez en Madrid en la quinta corrida del año 1794, en la que a petición del público mató un toro que le cogió Pedro Romero y éste se retiró en 1799. Por ello, desde la fecha últimamente citada hasta la de su muerte, quedó José Delgado como única gran figura de la Tauromaquia.

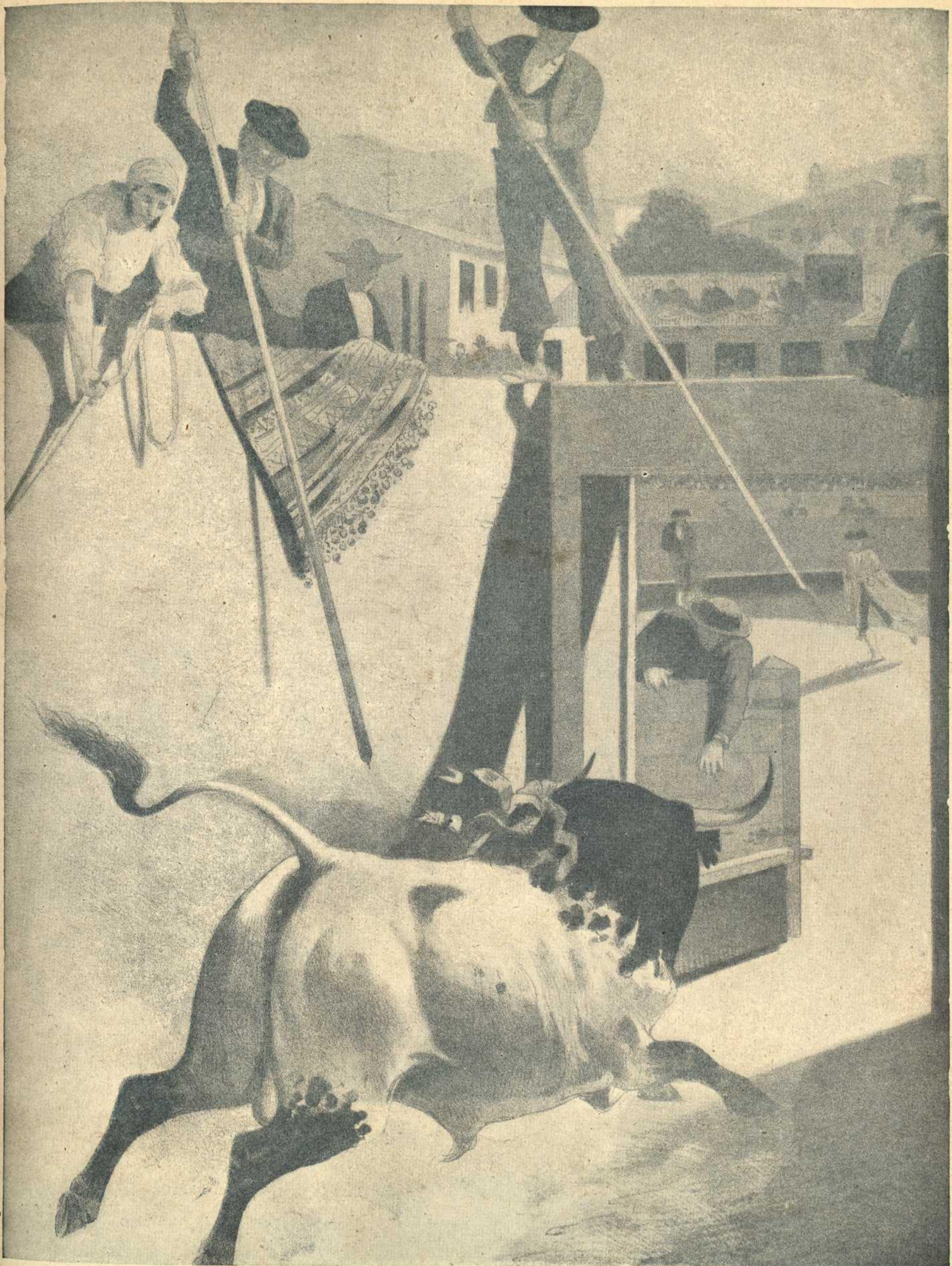
Se tiene a José Delgado como autor del libro *La Tauromaquia o Arte de torear*, porque así se hace constar en dicho Tratado, cuya primera edición apareció en Cádiz en 1796; pero, según todos los indicios, el verdadero autor fué don José de la Tixera, gran amigo del torero sevillano.

ACOSO Y DERRIBO EN LAS PAVONAS

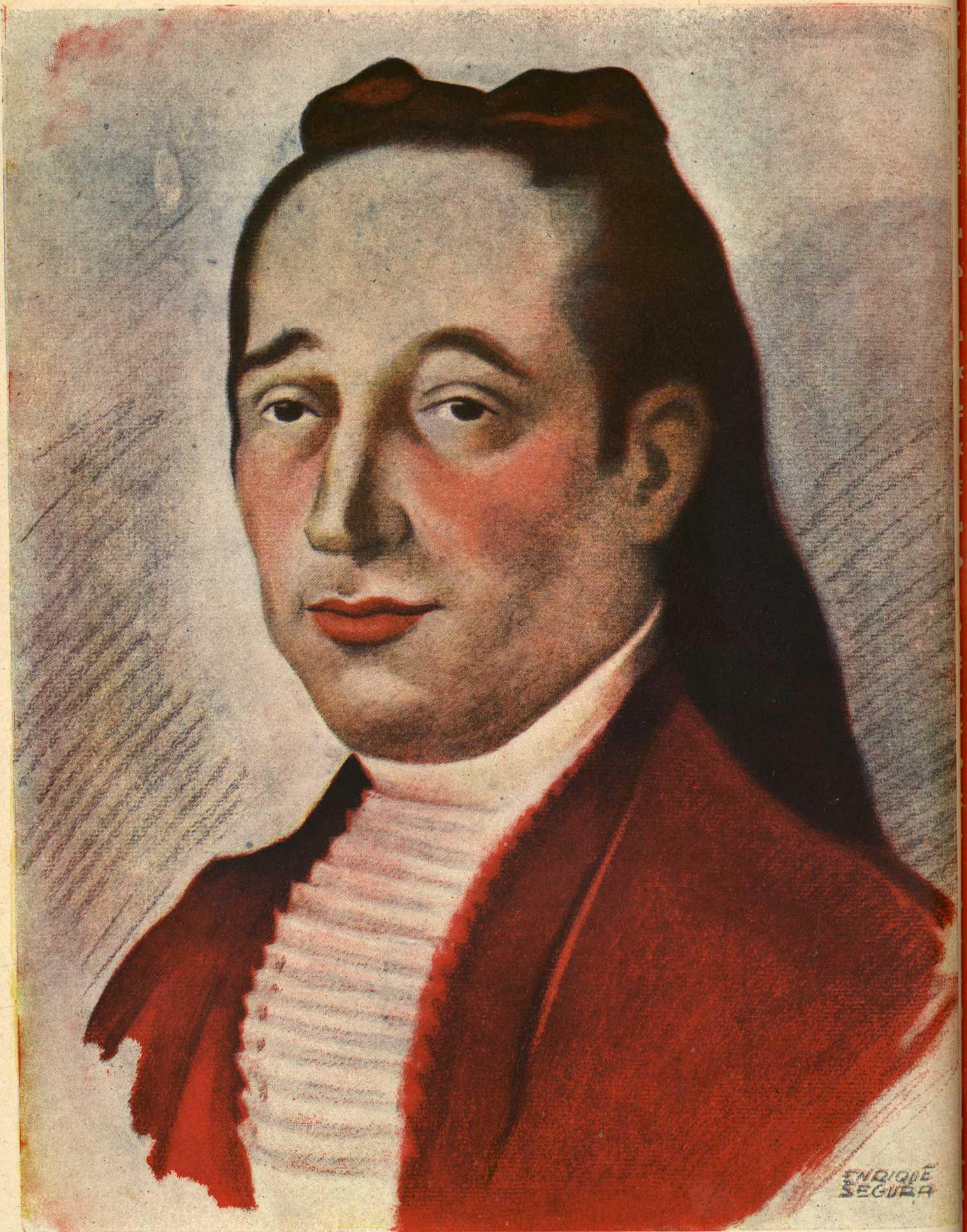
Juan Belmonte, que tomó parte en la fiesta campera de Jerez, jinete en su caballo favorito

(Foto Mari)





Al salir del chiquero.
(Dibujo de Perea.)



Toreros célebres: Pepe-Hillo.